ANUARIO DE BIBLIOTECOLOGÍA

NUEVA ÉPOCA VOL. 1, NÚM. 2 2013

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COLEGIO DE BIBLIOTECOLOGÍA

Editoras académicas
Lina Escalona Ríos
Blanca Estela Sánchez Luna

Consejo editorial
Adolfo Rodríguez Gallardo
Universidad Nacional Autónoma de México
Estela Morales Campos
Universidad Nacional Autónoma de México
Hugo Alberto Figueroa Alcántara
Universidad Nacional Autónoma de México
Johann Pirela Morillo
Universidad de Zulia
Sueli do Amaral
Universidad de Brasilia
Juan Carlos Marcos Recio
Universidad Complutense de Madrid
Isabel Villaseñor Rodríguez
Universidad Complutense de Madrid

Cuidado de la edición
Mauricio López Valdés

Corrección de estilo
Mauricio López Valdés
Diana Serena Palacios

Diseño
Sara Risk Ferrer

Revista anual arbitrada, e indexada en INFOBILA, Latindex, CLASE, HELA

Anuario de Bibliotecología, vol. 1, núm. 2, 2013, es una publicación anual editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de la Coordinación de Publicaciones de la Secretaría de Extensión Académica de la Facultad de Filosofía y Letras. Ciudad Universitaria, México, D. F., 04510. Editora responsable: Lina Escalona Ríos. Reserva de derecho al uso exclusivo del título: pendiente. Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. Toda correspondencia deberá ser enviada al Colegio de Bibliotecología, FFL, UNAM, C. U., México, D. F., 04510. Tel.: 56-22-18-81. *E-mail*: bibliotecologia@ffyl.unam.mx. Sitio web: www.filos.unam.mx. Este número se terminó de imprimir el 28 de agosto de 2015 en los talleres de Lito Roda, La Escondida núm. 2, colonia Volcanes, Tlalpan, México, D. F. El tiraje consta de 100 ejemplares impresos en papel bond de 75 g. Se utilizaron en la composición, elaborada por Sigma Servicios Editoriales, tipos Times de 24/30, 14/16, 10/12 y 9/12 puntos.

CONTENIDO

Editorial 9

ARTÍCULOS

Las bibliotecas públicas municipales: diagnóstico del estado actual en el municipio de San Luis Potosí, S. L. P.
Adriana Mata Puente
Eduardo Oliva Cruz 13

Las aplicaciones de la web 2.0 en la enseñanza de la catalogación en línea
Mary Carmen Rivera Espino
Héctor Eduardo García Meléndez
Patricia Lucía Rodríguez Vidal
Laura Vega Barrera 29

Organización y estudio de la colección de manuscritos que conserva la Biblioteca Nacional de México. Proyecto en proceso
Silvia Salgado Ruelas 43

Bibliotecas, política y guerra: el paradigma bélico de la biblioteca pública
Felipe Meneses Tello 53

La revista electrónica, los repositorios y el modelo de acceso abierto: apuntes sobre su evolución
Sergio Arreguín Meneses 89

La revisión por pares y las TIC en las revistas mexicanas de la vertiente principal
Judith Licea de Arenas
Sergio Márquez Rangel. 101

El libro digital en la biblioteca
María Teresa González Romero 107

El control de autoridades con FRSAD
María Isabel Espinosa Becerril 115

La biblioteca: entre lo local y lo global en la sociedad líquida
Beatriz Casa Tirao 139

Bibliotecas, política y guerra: el paradigma bélico de la biblioteca pública

Felipe Meneses Tello[1]

Resumen

El autor evidencia que las bibliotecas públicas en tiempos de conflictos bélicos funcionan para servir al Estado en situación de guerra. Tales instituciones de servicio, información y lectura se esfuerzan así para ayudar a forjar tanto la resistencia como la victoria, para sostener la retaguardia y la vanguardia, para apoyar tanto a la población civil como a las fuerzas armadas. En general, el fenómeno de la guerra muestra el valor político de la biblioteca pública.

En tiempos de guerra, el poder de la biblioteca como institución organizadora y suministradora de información se emplea para afrontar los desafíos inmanentes a la defensa civil y militar de la nación. De tal modo, la relación "biblioteca pública y defensa nacional" en tiempos de guerra responde a una extraordinaria situación que se eleva a rango de emergencia nacional. Desde esta perspectiva, observamos la carga que ha tenido el recurso de la información, oficial o extraoficialmente, en el contexto de la biblioteca pública durante la guerra. Si bien se analizan varios contextos bélicos, se hace especial énfasis en acontecimientos ocurridos durante las dos guerras mundiales y en relación con lo realizado por Estados Unidos de América.

Palabras clave: biblioteca pública, bibliotecas y política, bibliotecas y guerra.

Abstract

The author demonstrates that public libraries in times of warlike conflicts work to serve the state in war. This service information and reading institutions make an effort to help build both the resistance as well as the victory, to sustain both the rear as well as the vanguard, and to support both the civilian population and the armed forces. In general, the phenomena of war shows the political value of the public library.

[1] Universidad Nacional Autónoma de México; fmeneses@unam.mx.

In times of war, the power of the library as institutional organizer and information provider observes in order to confront the immanent challenges to the civil and military defense of the nation. As a result, the relationship between "public library and national defense" in times of war responds to an extraordinary situation that rises to the level of national emergency. From this perspective, we note the responsibility that information resources have had, formally or informally, in the context of the public library during war. Although various warlike contexts were analyzed, special emphasis is placed on developments during the two world wars and in relation with what was carried out by the United States.

Keywords: public library, libraries and politics, libraries and war.

Introducción

El paradigma político de la biblioteca pública no se agota con el estudio y análisis de factores como el gubernamental, el ciudadano y el electoral, valorados e interpretados en ámbitos de paz. Existe otra dimensión dialéctica sobre tal temática que no hay que perder de vista. Se trata de la pesada carga que este centro bibliotecario sobrelleva en tiempos de conflictos militares. Uno de los teóricos de los fenómenos bélicos, Karl von Clausewitz, percibe una relación estrecha entre "guerra y política" al aseverar: "la guerra es una mera continuación de la política por otros medios; todas las guerras tienen que ser consideradas como actos políticos"; y "la guerra es un instrumento de la política" (Clausewitz, 1999). Relación en la que se ven involucrados el gobierno, el ejército y el pueblo durante la contienda. Clausewitz consideró importante, así, "la información de la guerra" como fundamento de todos los planes y acciones en relación con el enemigo y su territorio (1999, p. 57). Sin embargo, este autor no percibió que parte importante de la información segura que necesitan los ejércitos cerca del frente y en la retaguardia a lo largo de un conflicto bélico puede localizarse en las bibliotecas y archivos. La historiografía sobre la guerra contemporánea muestra que el recurso de la información, en general, y la información documental organizada, en particular, concentrada en los centros bibliotecarios, es un elemento primordial que ha servido para alcanzar los objetivos de la victoria militar.

La valoración de las bibliotecas en general y de las bibliotecas públicas en particular durante los conflictos armados tiene que ver con el peso cultural, social, educativo, ideológico y, por supuesto, informativo que han representado una parte medular en la vida de los pueblos. En este sentido, si consideramos el potencial táctico y estratégico que tiene la información que compilan, organizan y difunden esas entidades públicas durante una guerra, podemos entender mejor las funciones que ellas desempeñan en la adquisición de conocimiento por parte de los diferentes protagonistas durante esos periodos en donde la destrucción material de libros y bibliotecas se enseñorea. La

apreciación acerca del riesgo que corren tales instituciones en tiempos de guerra se evidencia cuando se considera que:

> La destrucción de los bienes culturales y de las bibliotecas en particular es tan antigua como el concepto de 'cultura'. El propósito de la destrucción de los bienes culturales es común en toda la historia: para borrar la memoria cultural, étnica, religiosa y, por lo tanto, para socavar o eliminar las identidades y la existencia de los grupos. Ya sea ejercida como una parte de las operaciones militares planeadas o realizadas por los beligerantes, la destrucción de los bienes culturales juega un papel importante en la aniquilación de un enemigo. Las bibliotecas y los archivos como depósitos de la memoria, del conocimiento y de los logros colectivos e individuales han sido blancos específicos durante los conflictos armados (Zgonjanin, 2005, p. 128).

Las bibliotecas públicas en la dinámica de los conflictos bélicos

Cabe aclarar que los libros y la lectura, consecuentemente también las bibliotecas, los bibliotecarios y los lectores, en general, se han visto comprometidos en diferentes tipos de guerras. Percibimos, así, dos grandes tipos de conflictos bélicos: 1) guerras internacionales (guerras entre Estados, guerras mundiales) y 2) guerras civiles (guerras internas, guerras nacionalistas).

El primer caso puede ilustrarse con libros como los siguientes: *An Active Instrument for Propaganda: the American Public Library during World War I* (Wiegand, 1989) y *Books and Libraries in American Society during World War II* (Becker, 2005); el segundo caso es factible ilustrarlo con obras como: *Books and Libraries in Camp and Battle: the Civil War Experience* (Kaser, 1984) y *Bibliotecas, archivos y guerra civil en Asturias* (Borque, 1997).

Empero, el paradigma bélico de la biblioteca pública no se reduce al fenómeno dual de la destrucción-conservación de este tipo de bibliotecas, toda vez que la devastación y la preservación de esas instituciones generales de lectura pública y de otros tipos (escolares, académicas, especializadas, nacionales y privadas o personales); durante tiempos de conflictos armados han sido los acontecimientos que forman el tema más reseñado en la literatura especializada (Rose, 2001; Knuth, 2003; Zgonjanin, 2005; Knuth, 2006). El componente inherente a la guerra en torno a esas bibliotecas también comprende, aunque con menos recurrencia por parte de los estudiosos, la práctica de los servicios bibliotecarios y de información en medio de:

1) Las cargas que implica el trabajo cívico-militar.
2) La inseguridad derivada de los ataques terrestres, marítimos y aéreos.
3) Las carencias de recursos que provocan en sí las hostilidades.

El movimiento de las bibliotecas públicas en periodos de lucha armada gira, tanto en guerras internacionales como civiles, en torno a los conceptos de 'defensa' y 'ofensiva'. Respecto del caso de defensa, se trata de reorganizar los servicios bibliotecarios públicos para ayudar a esperar y detener la carga del enemigo. Para tal efecto, se prepara al personal bibliotecario, profesional y auxiliar, que no ha sido llamado a integrarse a las filas de las fuerzas armadas, para tomar medidas a fin de proteger los recursos materiales (edificios, colecciones, equipos) del fuego enemigo y reorganizar espacios, colecciones y servicios con base en las necesidades que imponen las acciones bélicas. Así, estas bibliotecas se disponen, junto con las de otros tipos (escolares, académicas, especializadas y nacionales), a gestionar servicios especiales para mantener en alto la moral del pueblo como uno de los objetivos esenciales. En Inglaterra, el servicio de biblioteca pública, por ejemplo, giró, durante la Segunda Guerra Mundial, en torno a la demanda de libros de ficción, pero hubo también una gran demanda de libros técnicos, libros sobre las actividades en tiempo de guerra, como de primeros auxilios y jardinería, así como de libros que trataban temas religiosos y filosóficos (Kelly, 1977, p. 331).

La forma defensiva de guerra contrasta con la forma ofensiva de guerra. Durante la forma defensiva de guerra, las bibliotecas trabajan para preservar (acervos cuantiosos y valiosos o joyas bibliográficas) y servir a su pueblo, gobierno y ejército en resistencia que constituye el Estado agredido; mientras que en la forma ofensiva de guerra estos centros aportan recursos (colecciones de libros, revistas, periódicos) al pueblo en armas y al ejército que ataca con el objetivo de conquistar en concordancia con las políticas de guerra del gobierno que forma el Estado agresor. En ambas formas de combate, el servicio diario de información que pueden y deben prestar las bibliotecas públicas a sus respectivos elementos del Estado en guerra (pueblos, gobiernos y ejércitos) está en estrecha relación tanto con la victoria como con la derrota, de tal suerte que la idea en relación con el servicio de información, como recurso general, fue considerada por Clausewitz como "de gran importancia para la conducción de la guerra" (1999, p. 323). La información se convierte, así, en un arma tanto para resistir y rechazar las acciones bélicas del enemigo, como para avanzar, derrotar y conquistar el territorio de éste, de modo que la información es un componente dialéctico puesto en la balanza de las acciones militares.

En algunas circunstancias, ambas formas de guerra, defensiva y ofensiva, se complementan pero no de manera idéntica. Las bibliotecas públicas estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, entrecruzaron ambos mecanismos de defensa a través de los servicios que ofrecieron, a lo largo de esa conflagración, tanto a la población civil como a las fuerzas armadas de Estados Unidos. Dada la dinámica del conflicto bélico, las bibliotecas públicas soviéticas primero pusieron en práctica la forma defensiva de guerra, pero de manera directa contra el enemigo y, cuando el Estado de los soviets organizó la contraofensiva, se adoptó la forma ofensiva de guerra hasta expulsar a las huestes alemanas de su territorio y derrotarlas en Berlín. La diferencia en cuanto al funcionamiento de los servicios

de biblioteca pública entre Estados Unidos y la Unión Soviética estriba en que los primeros se ocuparon en la preparación y el transporte del ejército al escenario de la guerra, en tanto que los segundos dedicaron sus servicios a hacer frente a la invasión y después a la expulsión del enemigo.

Con base en lo expresado, resulta pertinente puntualizar dos momentos concretos en cuanto al funcionamiento de las instituciones bibliotecarias en la catástrofe de la guerra: 1) las bibliotecas que se hallan dentro de las coordenadas geopolíticas de la guerra, y 2) las bibliotecas que están a distancia del desastre que entraña el conflicto bélico.

Se entiende, así, que no fueron las mismas acciones ni las mismas experiencias, tomando como modelo la Segunda Guerra Mundial, las de las bibliotecas públicas de los países que tuvieron en su territorio los diversos frentes de batalla que aquellas que nunca padecieron de cerca el enfrentamiento de los ejércitos. Las prácticas no fueron las mismas entre las bibliotecas públicas inglesas, francesas, estadounidenses y canadienses, aun cuando esos sistemas bibliotecarios formaron parte de los Estados Aliados. Las bibliotecas de Inglaterra y de Francia enfrentaron, junto con el gobierno, el ejército y el pueblo, la ofensiva directa del Estado nazi de Adolf Hitler, mientras que esas instituciones sociales de Estados Unidos y Canadá jamás fueron alcanzadas por el fuego de las tropas alemanas, italianas o japonesas; nunca fueron botín de guerra como las bibliotecas de los países de la Europa oriental; jamás esas bibliotecas públicas de América del Norte se vieron precisadas a prestar servicios bajo el asedio de las tropas enemigas. Esto fue así por la simple razón de que el principal escenario de las operaciones bélicas estaba en Europa y en parte de Asia y África, siendo el frente oriental el más cruento.

Otros países en los que se vieron afectadas las bibliotecas públicas durante esa conflagración mundial fueron, en orden alfabético: Bélgica, Checoslovaquia, Dinamarca, Finlandia, Grecia, Holanda, Luxemburgo, Noruega, Polonia, Unión Soviética y Yugoslavia. Todos ellos padecieron la táctica militar *Blitzkrieg*, vocablo alemán que literalmente se traduce, dada la rapidez con que se concretaba la invasión, la conquista y el sometimiento del enemigo, como "guerra relámpago". El libro *Blitzkrieg and Books: British and European Libraries as Casualties of World War II* (Stubbings, 1993) analiza el panorama desolador que padecieron las bibliotecas de esos países bajo el fuego, la represión, el pillaje y la resistencia. La autora estudia también las bibliotecas alemanas en una sociedad orientada por la política de guerra total (Stubbings, 1993, pp. 367-394).

En virtud del ataque estratégico de esa guerra relámpago, en la que los nazis combinaban y coordinaban fuerzas aéreas, aerotransportadas y blindadas para abrir paso a la infantería motorizada y posicionar el fuego de la artillería pesada, los daños eran catastróficos en todos los órdenes culturales, sociales, políticos y económicos, puesto que se trataba de una guerra de penetración rápida, de acciones decisivas, adentrándose más allá de las líneas enemigas para afectar no solamente las líneas del frente de batalla sino también el trabajo organizado de la retaguardia militar y civil de los países agredidos. A la destrucción al por mayor de edificios, colecciones y equipo, resultado de la *Blitzkrieg*, se sumaría la censura en torno a las bibliotecas, que se extendería

por toda la Europa ocupada a raíz de las conquistas nazis (Stubbings, 1993, p. XI) y a causa de los métodos de represión sistemática a los que serían sometidos los pueblos invadidos por el ejército del Tercer Reich.

La necesidad del servicio de biblioteca pública durante el enfrentamiento armado

Brodie, en su libro *Guerra y política*, asevera: "aunque la guerra representa la violencia humana en su forma más intensa, no es simplemente violencia humana" (1978, p. 223). En efecto, un conflicto bélico requiere no solamente ejércitos bien disciplinados, adiestrados y armados en los campos de batalla, pues el acto de fuerza militar, entre dos o más naciones o bandos, también necesita de otras instituciones de bienes y servicios. El carácter institucional de la guerra, sea civil o internacional, comprende una amplia gama de fenómenos y recursos, entre ellos destacan los que hacen funcionar el servicio de biblioteca pública durante el enfrentamiento armado. En concordancia con la literatura que citamos a lo largo del presente escrito, este tipo de servicio bibliotecario se ha convertido en un recurso indispensable en tiempos de guerra, pues las bibliotecas públicas se transforman en instituciones estratégicas y tácticas para el desarrollo político de los Estados en situación de guerra. Reflexionemos, *grosso modo*, en torno al momento en que las bibliotecas se hallan brindando servicios dentro de las coordenadas geopolíticas de las acciones militares. Ilustremos, primero, con experiencias durante una guerra internacional y, después, con prácticas en el contexto de una guerra civil.

El servicio de biblioteca pública (como el de otros tipos de bibliotecas) no funciona igual que en tiempos de paz, en virtud de que este servicio se ve alterado drásticamente por las causas y los efectos que produce la guerra. La perturbación se debe a que la actuación de la biblioteca pública debe ser planificada con base en el objetivo político de los Estados contrincantes. Asimismo, la escasez de recursos (materiales, económicos y humanos) provocada por los enfrentamientos de los ejércitos y la retirada o el avance de las tropas, entre otros motivos, producen cambios radicales en la configuración de ese servicio. De tal modo que la provisión de materiales de lectura se dificulta sobremanera porque a menudo la población civil —particularmente los niños y ancianos— es evacuada a zonas fuera de peligro debido a las contingencias que provocan las cruentas batallas. Asimismo, cuando las poblaciones y ciudades corren el peligro de convertirse en parte del frente, la evacuación de las bibliotecas se lleva a cabo tanto para proteger a su personal como sus acervos bibliográficos. El servicio bibliotecario público se complica más porque también está dirigido a los combatientes en reserva o en plena lucha. Así que, en los preparativos para el itinerario de la guerra, los recursos bibliotecarios forman parte relevante de la fuente que conforman los medios de defensa, resistencia y ofensiva tanto de los pueblos como de las fuerzas armadas en conflicto.

La relación entre las unidades militares y las bibliotecas públicas en Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial se produjo, por ejemplo, a través del préstamo de cajas de libros, bibliotecas ambulantes y bibliotecas sucursales que se creaban cerca o dentro de esas unidades. Se admite que la prestación de los servicios a la defensa civil en ese país fue una tarea en la que las bibliotecas públicas participaron aún más que como lo efectuaron las fuerzas armadas, pues desde el comienzo de la guerra aquellas bibliotecas suministraron libros a los servicios dedicados a la defensa del pueblo. Así, las colecciones de libros fueron enviadas por muchas bibliotecas de condado a puestos de primeros auxilios, estaciones de servicio contra incendios, centros de informes y otros puntos en los que el personal se dedicó al trabajo de protección civil; tal servicio bibliotecario sería profundamente apreciado (Kelly, 1977, pp. 332-333).

Los servicios bibliotecarios en tiempos de guerra, no obstante, han sido interrumpidos debido a la toma de los edificios de las bibliotecas públicas por fines bélicos. Esta situación varía según las circunstancias, pues dicho acto puede ser tanto por parte del Estado agredido como del Estado agresor. Como ejemplo recordemos lo que aconteció con las bibliotecas públicas localizadas en varias partes de Inglaterra (Birkenhead, Torquay, Islington, York, Lincoln, Colchester, Sheffield, Cirencester). Al respecto, Kelly refiere cómo algunas bibliotecas, que habían sido instaladas en sótanos, fueron convertidas en refugios antiaéreos, en oficinas de alimentos, en sedes del servicio de ambulancias de la defensa civil, en departamentos de gobierno hasta el fin o mucho después de la guerra (1977, p. 328). La causa principal de ese trastorno en torno a los servicios de biblioteca pública en dicho país se debió a los severos bombardeos que lanzaron los aviones de la Luftwaffe (fuerza aérea alemana) sobre Londres y varios pueblos y ciudades de Inglaterra.

Con las consignas lanzadas por el Comité Central del Partido Comunista y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, "¡Todo para el frente! ¡Todo para la victoria!", desde los primeros días de la guerra (junio de 1941) entre Alemania y la Unión Soviética, el principal trabajo que desempeñaron los sistemas bibliotecarios de esa nación confederada fue en pro de la defensa del país. Esta política de Estado sería característica hasta muy cerca del frente de batalla, en donde las bibliotecas públicas permanecían abiertas. En términos generales, los servicios de esos recintos se destinaron tanto para apoyar a las fuerzas armadas en el frente de batalla como para sostener una fuerte retaguardia, cuyo principal protagonista era el pueblo soviético en armas.

Recordemos someramente el caso de los bibliotecarios soviéticos durante la invasión del ejército alemán. En ese contexto se distingue la resistencia bibliotecaria cívico-militar, la cual podemos sintetizar con el ejemplo del personal de la Biblioteca Pública Estatal Mijaíl Ievgrádofovich Saltikov Shchedrín, con sede en la ciudad entonces llamada Leningrado. Ese centro urbano se convertiría, como sabemos, en una ciudad-frente. En virtud del arduo trabajo de servicio que realizó esa importante Biblioteca Pública Estatal durante la Gran Guerra Patria, término dado por los soviéticos al conflicto bélico contra la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial, algunos

bibliotecarios, como la trabajadora Zina Ivánova, serían condecorados con la Orden de la Bandera Roja del Trabajo. Asimismo, el colectivo bibliotecario de esa institución pública fue galardonado con la medalla Por la Defensa de Leningrado (Francfurt, 1946; Roig, 1982).

Desde una perspectiva de menor escala, durante la Guerra civil española el territorio en disputa se dividió en zona nacionalista y en zona republicana. En la primera no se tiene noticia de la disponibilidad de servicios de biblioteca pública, ni para el pueblo ni para el ejército (Escolar, 1987, p. 252), mientras en la zona republicana la Sección de Bibliotecas de Cultura Popular "se centró en la ayuda a los que combatían, llevando los libros a los cuarteles, hospitales y a la primera línea del frente" (Escolar, 1987, p. 137). En Cataluña, al comienzo de la guerra, se formó el Servei de Biblioteques al Front, mismo que contó con un bibliobús para llevar su acervo a las zonas de combate (Escolar, 1987, p. 138). El servicio de lectura pública entre los republicanos se implementó a través de lo que se ha denominado "bibliotecas de guerra", mecanismo mediante el cual el Ministerio de Instrucción Pública supo vincular política, guerra y bibliotecas. Es una extraña relación para aquellos colegas que solamente estudian e investigan las bibliotecas públicas en servicio durante tiempos de paz.

El movimiento bibliotecario puesto en marcha por Cultura Popular, con el apoyo del Ministerio de Instrucción Pública y la Cámara Oficial del Libro, durante esa guerra civil estuvo constituido por varios tipos de bibliotecas: de hospitales, de cuarteles, de guarderías infantiles y de trincheras, las cuales eran abastecidas por una biblioteca central. Organizadas a partir del servicio de préstamo, esas bibliotecas serían, en esencia, acervos bibliográficos de carácter circulante destinados principalmente a los milicianos del Ejército Popular. La distribución y el préstamo de libros alcanzarían, así, tanto a la retaguardia como a los frentes, servicio que se interrelacionó con la entrega sistemática de periódicos entre los heridos y combatientes. El reparto de material bibliográfico, en cuanto a libros y prensa, estuvo "en estrecha relación con la organización del trabajo político entre los milicianos" (Vicéns, 2002, p. 71).

Tal servicio se alteró a menudo por el curso del conflicto bélico o se obstaculizó en virtud del estado de analfabetismo y el escaso hábito de lectura de los milicianos, pues se sabe que:

> Las bibliotecas de guerra (de batallones, hospitales y hogares de soldados) se perdían al principio en gran cantidad a causa de las frecuentes retiradas de las tropas y de la reorganización de las unidades militares. También porque, a pesar del interés general por la cultura y consecuente respeto admirativo por el libro, muchos combatientes eran analfabetos y la mayoría de los restantes no sentía afición por la lectura de libros. La situación de las bibliotecas mejoró con la aparición de los comisarios políticos, muchos de los cuales consideraban el material gráfico, principalmente la prensa y los folletos, imprescindible para su trabajo de mejorar la situación política de la tropa y elevar su moral combativa (Escolar, 1987, pp. 137-138).

Si en esa disputa civil deseaba el ala republicana educar al pueblo en armas, hacerlo partícipe del uso de las colecciones bibliográficas distribuidas en los hospitales, en las trincheras y en otros lugares, había que combatir entonces el analfabetismo con firmeza y proporcionarle los espacios educativos indispensables. Para tal efecto:

> El Gobierno formó equipos de milicianos-maestros que se dedicaran a alfabetizar en el frente y en las zonas rurales de la retaguardia, mantuvo en funcionamiento las escuelas profesionales, creó bachilleratos simplificados y fundó universidades populares e institutos de formación [...] La creación de bibliotecas rurales, en los frentes y en todos los lugares posibles, forma parte del gran esfuerzo puesto en hacer llegar la educación hasta los puntos más recónditos de la geografía española (Lanni, 2008, p. 81).

Así, durante la Guerra civil de España los líderes republicanos percibieron la necesidad de ampliar el servicio de lectura pública, disponible a través de las bibliotecas de guerra y otras, transformándolo en servicio de lectura política entre el pueblo armado. Para tal efecto, los periódicos, los folletos y las películas complementaron las colecciones de libros; la distribución de estos materiales permitieron llevar a cabo labores de agitación y propaganda que ellos consideraron apropiadas. Al respecto se asevera:

> Aunque Cultura Popular prestó singular atención a los servicios bibliotecarios, unos de los trabajos preferentes fue la entrega diaria de varios millares de periódicos y revistas a las unidades militares, así como la agitación política mediante mítines. Para esta última tarea le resultaron sumamente útiles los camiones que un grupo de editores había adquirido y preparado para el transporte y exhibición de libros y que contaban con equipos de megafonía y proyección cinematográfica (Escolar, 1987, p. 38).

Puede avizorarse que esa guerra civil evidenció la necesidad de relacionar la cultura popular con la cultura política, por un lado, y con la cultura militar, por el otro. Los libros y periódicos eran tanto para el pueblo como para los miembros del Ejército Popular. Para ilustrar este suceso histórico se sugiere ver un video en línea que trata precisamente acerca de las bibliotecas durante la Guerra civil española en la zona republicana.[2]

El servicio de biblioteca en el primer plano para asistir al Estado en guerra

A partir de este rubro ocupémonos de otros sucesos en torno al nexo que existe entre bibliotecas, política y guerra; cuando las bibliotecas públicas se hallan a distancia de la catástrofe que provoca el escenario bélico, es decir, en circunstancias cuando el

[2] http://www.youtube.com/watch?v=7twyQ4SqND0.

servicio de biblioteca pública funciona alejado de la contienda. Analicemos cómo afecta la guerra a esos centros bibliotecarios en un Estado que tiene que destinar una importante cantidad de recursos para las fuerzas armadas que se preparan para marchar rumbo al combate y de los que retornan heridos; cómo el gremio bibliotecario público se prepara para hacer frente no solamente a la crisis económica sino también a la incertidumbre de posibles ataques por parte del Estado enemigo. Apreciemos cómo la reacción de los bibliotecarios públicos en tiempos de guerra ha estado condicionada por las diversas fuerzas sociales, políticas, económicas, institucionales, psicológicas y culturales; fuerzas que influyen, apremian y moldean el desarrollo de las colecciones y la administración de los servicios.

La literatura monográfica sobre la temática (Wiegand, 1989; Haring, 1989; Stieg, 1992; Stubbings, 1993; Becker, 2005) evidencia que las bibliotecas públicas funcionan para servir al Estado en situación de conflicto bélico; las instituciones de información y de lectura se esfuerzan por colaborar para que el máximo organismo político-estatal forje la victoria. Estudiemos, entonces, cómo el fenómeno político de la guerra ha sido una experiencia especial para demostrar el valor de la biblioteca pública como instrumento activo que, por posturas cívicas patrióticas, omite el principio de la neutralidad. Tomemos como referente concreto el caso de las bibliotecas públicas de Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial, también denominada la Gran Guerra.

En ese país se tiene noticia de que durante la Guerra civil (1861-1865) se distribuyeron materiales de lectura para las tropas, entre los que sobresalían los libros, las revistas y los periódicos (Kaser, 1984); sin embargo, el primer programa organizado de biblioteca estadounidense en situación de conflicto bélico se desarrolló durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), bajo los auspicios de la American Library Association (ALA). A través de la recaudación de fondos y campañas de libros, se crearon bibliotecas que se enviaban por correo. Ese servicio ultramar de biblioteca fue un programa de extensión de la ALA, organismo que desempeñó un papel activo en la prestación de servicios bibliotecarios a soldados y marineros que combatieron en aquella primera conflagración mundial. El libro *War Service of the American Library Association* (Koch, 1918) es uno de los mejores testimonios sobre el tema. Proeza que evocaría el teniente coronel Ray L. Trautman, jefe del Army Library Service en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, al escribir: "Durante la Primera Guerra Mundial, la American Library Association supervisó el funcionamiento de las bibliotecas y la adquisición de libros y publicaciones periódicas para los soldados, tanto en Estados Unidos como en Europa" (Trautman, 1945, p. 54).

La relación entre bibliotecas y guerra en el entorno estadounidense en la segunda década del siglo XX se ha documentado, además, mediante tarjetas postales y carteles que produjo la ALA para dar a conocer su Library War Service (LWS), bajo la dirección de Herbert Putman, entonces bibliotecario del Congreso. Putman es a quien se debe la solicitud a la ALA para que se creara un servicio de biblioteca para el medio millón de combatientes apostados en los acantonamientos y campos de entrenamiento que había en Estados Unidos y en el frente de Europa (Harig, 1989, p. 2). Así, el LWS comenzó

con la creación del Committee on Mobilization y los War Service Plans en 1917. Putman fue nombrado presidente del comité y sería el líder para administrar el servicio desde una sala de conferencias de la Library of Congress (Koch, 1918, p. 5), cargo que ocupó hasta diciembre de 1919. En general, el LWS se considera como el proyecto más ambicioso y exitoso de la ALA en su historia.

Asimismo, las bibliotecas públicas cercanas a los campos de entrenamiento serían convocadas para proporcionar bibliografía especial a los que se preparaban como combatientes. La biblioteca pública estadounidense en los avatares de ese conflicto bélico ocupó, con el apoyo de la ALA, el primer plano en cuanto a la gestión de servicios bibliotecarios para civiles y militares. La contribución de las bibliotecas públicas norteamericanas fue la más completa de cuantos países intervinieron en la contienda. Desde que Estados Unidos entró en guerra, en abril de 1917, las bibliotecas se convirtieron en un instrumento de propaganda al servicio del Gobierno Federal (González, 2011, p. 237).

En concordancia con este punto de vista, se sabe que esas bibliotecas abrieron sus salas de reuniones y espacios para convertirse en instituciones responsables en tiempos de guerra; es decir, dedicaron o prestaron espacios para montar exposiciones relacionadas con la guerra (temas sobre la devastación, la vida en prisión, el trabajo de reconstrucción, la Revolución rusa, las mujeres y la guerra, los refugiados, etcétera); adquirieron y distribuyeron material bibliográfico sobre temas concernientes a la guerra; difundieron información a solicitud de algunas agencias gubernamentales, entre otras tareas que llevaron cabo (Wiegand, 1989, p. 134). Como centros de información, se asevera: "las bibliotecas públicas en todo el país voluntariamente distribuyeron millones de folletos y miles de panfletos a través de sus escritorios de circulación" (Wiegand, 1989, p. 135). De esta manera, esas bibliotecas se volcaron a satisfacer las necesidades bélicas del Estado. Necesidades de propaganda político-bélica para inculcar, entre la sociedad estadounidense, las ideas políticas consideradas apropiadas a ese tiempo de crisis. Por esto Wiegand explica que la biblioteca pública estadounidense en la Primera Guerra Mundial fue, en efecto, un "instrumento activo de propaganda". No hubo cabida, en ese tiempo, para la práctica de la neutralidad, postura pueril que comúnmente adopta y defiende parte del gremio bibliotecario público de esa nación en tiempos de paz.

Así, el personal de esas bibliotecas adquirió y proporcionó libros y revistas para: apoyar la instrucción en asuntos militares; orientar la producción y conservación de alimentos; elaborar bibliografías y guías de libros sobre temas de la guerra; despertar el valor del patriotismo; distribuir noticias sobre la guerra; satisfacer las necesidades de información de las nuevas industrias referentes a materiales de guerra; compilar, organizar, registrar e indizar información que auxiliara a varias agencias como la Cruz Roja y los consejos para la defensa nacional, entre otras organizaciones cívicas, empresariales y militares. En otros casos, algunas bibliotecas públicas permitieron que sus salas de lectura se convirtieran en lugares de trabajo para impartir clases sobre cómo elaborar apósitos quirúrgicos y para aprendizaje del idioma francés; otros centros

bibliotecarios otorgaron el debido permiso para que organizaciones cívicas utilizaran sus instalaciones como estaciones receptoras de alimentos en conserva que luego se enviaban a zonas hospitalarias del ejército.

La responsabilidad social de la biblioteca pública en Estados Unidos al servicio del Estado en guerra se elevó en ese tiempo a rango de "deber claro e inmediato", tal como lo manifestó el director de la New York State Library en Albany, en su informe de 1917. Se requirió, prácticamente, convertir la biblioteca pública en un centro de información militar para el Estado y que así sirviera con eficacia a las necesidades de quienes investigaban las estrategias y tácticas de ataque y defensa (Wiegand, 1989, p. 36).

En julio de 1917 la ALA comenzó a publicar el boletín *War Service Library Week*, en el que se planteó la pregunta: ¿cómo puedo ayudar a ganar la guerra? El gremio bibliotecario de esa nación, inspirado en la noción del ciudadano patriótico, consideró que era la oportunidad de ayudar a que los hombres cumplieran con su trabajo bélico de manera más rápida y eficaz. Para tal efecto, el personal de biblioteca que no estaba comprometido a ir al frente podía apoyar, desde la trinchera de sus bibliotecas, desarrollando colecciones de libros y folletos sobre temas inherentes a la guerra; y fomentando el uso de esos acervos y servicios lo más completo posible entre la población civil y el ejército. Con esta contextura, las bibliotecas públicas y sus bibliotecarios "fueron capaces de usar la autoridad del Estado para ofrecer sus servicios al público estadounidense" (Wiegand, 1989, p. 134). Sus deberes y objetivos estaban claramente definidos en torno a la Gran Guerra, de tal modo que aceptaron el desafío de adaptar sus servicios e instalaciones a las circunstancias del momento bélico que vivieron.

Tanto el proceso de la lectura como el acto de leer entre los soldados ocuparon una importante atención entre el quehacer de esas instituciones bibliotecarias convertidas en plenas instituciones entregadas a fortalecer al Estado en guerra, de tal manera que:

> [...] leer tuvo una dimensión terapéutica. Restituía la humanidad perdida en el combate y ayudaba a recuperar el equilibrio anímico. Para los heridos que convalecían en hospitales militares y para los prisioneros de guerra, constituyó el alivio que hacía olvidar su situación.
>
> La lectura también contribuyó a inculcar, en los combatientes, valores acordes a su condición de militares: obediencia, camaradería, abnegación o heroísmo (González, 2011, p. 233).

Durante una guerra los problemas de salud se incrementan considerablemente no sólo entre la población civil, sino también entre las fuerzas armadas, motivo por el que es relevante la disponibilidad de información en materia de salud pública en tal situación de conflicto extremo. A principios del otoño de 1918, por ejemplo, la autoridad sanitaria estadounidense solicitó a los bibliotecarios públicos su cooperación en la lucha contra las enfermedades venéreas para prevenir a soldados y marineros que regresaban de la guerra.

La biblioteca pública de Detroit, a solicitud expresa de la Commission on Training Camp Activities (CTCA), preparó listas de lecturas sobre sexología para

diferentes grupos de edad, haciendo hincapié en los grupos juveniles. El libro *Plain Facts on Sex Hygiene*, de William Lee Howard, fue uno de los mejores textos que la ALA adoptó para hacerlo circular hasta en las *camp libraries* que coordinaba la CTCA. En relación con esta misma obra, el Navy Department también giró instrucciones para que hicieran llegar ejemplares en cada una de sus bibliotecas. En este sentido, se reconoce la importante colaboración de la biblioteca pública estadounidense, pues entre abril de 1917 y noviembre de 1918 las enfermedades venéreas en el ejército se habían logrado reducir en más de 300 % (Wiegand, 1989, p. 37).

Hemos dicho anteriormente que esas instituciones de lectura pública actuaron, durante la Gran Guerra, para despertar el valor del patriotismo. En razón de esto, también las bibliotecas públicas de Estados Unidos en esos tiempos sirvieron como centros para fomentar el patriotismo entre la comunidad a través de canciones y discursos. Para tal efecto, a esos organismos bibliotecarios se les requirió proporcionar música con canciones patrióticas; organizar eventos de oratoria patriótica; distribuir separadores de libros con himnos nacionales para ser cantados, y repartir folletos gratuitos con canciones nacionales (Wiegand, 1989, p. 41). De ese modo, las bibliotecas públicas de dicho país no se mantuvieron al margen de los sentimientos que vinculaban al ser humano con su patria y nación en aquellos momentos cruciales.

Como puede entenderse, durante la Primera Guerra Mundial el servicio de biblioteca pública, para asistir al Estado en guerra que entonces lideró Thomas Woodrow Wilson en el bando denominado "Triple Entente", llevó a cabo una rica gama de servicios de extensión bibliotecaria, tanto para los civiles como para los militares. La movilización que los profesionales de los libros y las bibliotecas realizaron en esos años complementó el traslado de pertrechos y tropas que se preparaban, marchaban y regresaban del frente. La ALA, mediante su Library War Service, logró organizar el servicio de biblioteca destinado a campamentos, buques, trincheras y hospitales militares (Koch, 1917; 1918). El apoyo de las bibliotecas públicas fue importante en este sentido. Así, la War Library, como idea y proyecto, entre las tropas transitó por el camino que debieron recorrer los soldados desde casa hasta los campos de batalla dispersos en Europa. De esta manera, figurarían peculiares expresiones en la bibliografía especializada, tales como: *camp libraries*, *shipboard libraries, ship libraries, regimental libraries* y otras.

Naturalmente, la intensidad de respuesta de la biblioteca pública estadounidense a la oportunidad presentada por la Gran Guerra europea varió de una biblioteca a otra, de un estado a otro, de una región a otra (Wiegand, 1989, p. 32). Pero el personal de esa institución social tuvo claro que, a través de sus colecciones y servicios, debía mostrar a sus comunidades de usuarios los problemas reales de la guerra moderna, así como ayudar a promover actividades para aliviar el drama que ocasionaba el conflicto bélico, aunque, a causa de esa guerra, las bibliotecas públicas estadounidenses tuvieron que enfrentar la escasez de dinero para comprar nuevos libros.

Explicar las implicaciones político-culturales de la guerra en términos de servicios de bibliotecas públicas, lejanas del escenario bélico, entraña entender las

necesidades que el Estado norteamericano presentó durante esa guerra para mantener en alto la moral tanto de la población civil como de los militares, en la retaguardia y en la vanguardia. Así, en Green Bay, Wisconsin, "la Kellogg Public Library colocó un mapa de guerra grande en su tablón de anuncios para registrar los avances aliados diariamente. Los avances estadounidenses fueron identificados por una línea roja, blanca y azul" (Wiegand, 1989, p. 43), correspondientes a los colores de la bandera de Estados Unidos.

La campaña de recolección de libros para alcanzar la victoria

Abordemos ahora cuando las bibliotecas públicas se localizan a distancia del escenario bélico pero tomando como muestra temporal algunos acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). En virtud del *corpus* histórico, social y político que existe sobre el tema, como evidencia estatal continuamos analizando esta parte del paradigma en torno a Estados Unidos y, de manera superficial, a Canadá.

Sabemos que la Segunda Guerra Mundial proyectó una gran movilización de ejércitos, pertrechos y recursos para el ataque y la defensa. El objetivo político de los Estados contendientes estuvo estrechamente vinculado con la acción militar, aunque hubo momentos en que la política quedó subordinada al conflicto bélico, pues se trató de una guerra total. El objetivo político se vio mermado, en algunos momentos, a medida que aumentó la acción militar. Fue una guerra de todo o nada, esto es, fue una guerra de exterminio de sistemas sociales, políticos, culturales, ideológicos, étnicos y urbanos, en donde la población civil se sometió a desplazamientos y mecanismos de terror a gran escala. La práctica de la guerra total significó un enfrentamiento no sólo entre las fuerzas militares, sino contra todos los civiles, independientemente de su edad y sexo, y contra todo el conjunto de elementos, recursos y servicios de los países beligerantes, incluidos los bibliográficos y bibliotecarios. Se transformó ese mecanismo en una terrible realidad en el que todos los Estados en situación de guerra debían procurar medidas extraordinarias de defensa civil, incluso en aquellos que estaban alejados de los frentes de batalla, como los situados en América del Norte.

En la Segunda Guerra Mundial, el War Department de Estados Unidos operó y organizó uno de los más importantes programas de biblioteca pública, cuya red de bibliotecas se conoció como Special Services Libraries, servicios que estuvieron dirigidos no solamente a los soldados, sino también a sus dependientes y al personal civil que colaboraba con la comunidad militar (Crawford, 1957, p. 674). Así, una vez más la ALA, durante ese conflicto bélico, apoyó a las fuerzas armadas de su país patrocinando la recolección de material de lectura a través de la Victory Book Campaign (VBC). Con los millones de libros que esa asociación logró reunir se formó el núcleo de las colecciones de las bibliotecas dirigidas a los soldados (Crawford, 1957, p. 676); tales acervos debieron apoyar la movilización del Army Library Service en Europa (Harig, 1989, p. 18) y complementar el sistema de bibliotecas militares, como el de las bibliotecas técnicas de

las Army Air Forces, que contenían libros y revistas sobre aeronáutica, ciencia militar, meteorología, navegación, fotografía y sobre muchas otras ramas técnicas y temas referentes a la administración, ciencia política y viajes (Welchner, 1942, p. 80).

No obstante, los objetivos de la VBC proyectaron mayores pretensiones: 1) recolectar donaciones de libros para los soldados, marineros e infantes de marina como complemento a los servicios de la biblioteca que mantenían las fuerzas armadas estadounidenses (U. S. Army, U. S. Army Air Corps, U. S. Navy) en fortalezas, campamentos, oficinas, estaciones y buques; 2) proporcionar material de lectura para las agencias de la United Service Organization (USO) fuera de los campamentos y de la American Merchant Marine Library Association y, por si fuera poco, 3) ofrecer libros para hombres, mujeres y niños en zonas donde a consecuencia de las actividades industriales había aumentado la población y los recursos existentes de la biblioteca eran insuficientes o inexistentes (*Victory Book Campaign. Manual for State and Local Directors*, 1942, p. 3).

La VBC, conocida originalmente como National Defense Book Campaign, se creó en 1941; su primera directora fue Althea Hester Warren (1886-1958), bibliotecaria de Los Angeles Public Library. Más tarde, en mayo de 1941, John M. Connor asumió el cargo de *assistant director* y fue autor de algunos artículos acerca de la VBC que publicó en el *American Library Association Bulletin* (Connor, 1942, 1942a, 1942b). Esa campaña de recolección de libros para las fuerzas armadas estadounidenses fue una forma mediante la cual las bibliotecas públicas de todo el país participaron en esa guerra, pues según afirmaría el segundo director de la VBC:

> Hemos estado recolectando libros de nuestros compatriotas generosos, que hemos estado clasificando, embalando y enviando a los hombres de nuestras fuerzas de combate. Los funcionarios de nuestros departamentos de Guerra y Marina, responsables del servicio de biblioteca, nos han felicitado de todo corazón por nuestros esfuerzos en complementar sus actividades aportando alrededor de cinco millones de libros adecuados. Ahora quieren que lo hagamos de nuevo. Nuestro Ejército, la Armada y la Marina Mercante están creciendo a pasos agigantados y la necesidad de libros de interés y de disfrute sigue siendo demasiado evidente, ¡así que vamos! (Connor, 1942b, p. 829).

Cabe mencionar que la VBC, cuyo objetivo esencial fue, como se ha expresado, reunir y distribuir libros como complemento al servicio de biblioteca gestionado por el Ejército y la Marina en los diferentes lugares en que se hallaban emplazadas las tropas, estuvo patrocinada por la American Library Association, la American Red Cross y la United Service Organization for National Defense; en tal iniciativa participaron miles de bibliotecas públicas estadounidenses (Becker, 2005, p. 125). Se sabe que cada uno de los diferentes estados de la Unión Americana tuvo su sede, dirección y organización propias en cuanto a esa campaña que se encargó de surtir una gran variedad de bibliografía recreativa destinada a las bibliotecas de bases militares, así como libros técnicos para las organizaciones dedicadas a la defensa

civil. Su finalidad era: 1) mantener una guerra ideológica contra el fascismo, 2) contribuir a la moral pública, 3) educar al público sobre los objetivos de la guerra y 4) preparar a la sociedad para el tiempo de la posguerra (Spencer, 2008, pp. 125-126). Entre los sitios señalados para recolectar las donaciones de libros fueron las bibliotecas públicas y sus sucursales (*Victory Book Campaign. Manual for State and Local Directors*, 1942, p. 6).

En efecto, la biblioteca pública en cada comunidad normalmente fue el centro de recepción de todos los libros donados por la comunidad, aunque también hubo muchos otros lugares designados para recibir los materiales de lectura. Sin embargo, la administración de la VBC consideró a las bibliotecas públicas como uno de los principales sitios para llevar a cabo la recolecta, según el objetivo que se fijó de reunir por lo menos diez millones de libros. Esa enorme tarea debió exigir a sus organizadores pensar en eficaces métodos de distribución entre las diferentes instituciones a las que se tenían que enviar. Además de las fuerzas armadas de Estados Unidos, también se pensó en hacer llegar colecciones de libros a bibliotecas que se hallaban en las zonas devastadas por la guerra, así como a prisioneros de guerra tanto de Estados Unidos como de otros países, sin olvidar, por supuesto, a la población de los centros industriales con inadecuadas instalaciones de biblioteca (*Victory Book Campaign. Methods of Distribution. Manual for State and Local Directors*, 1942, p. 158; Becker, 2005, p. 134). En general, el trabajo esencial de la VBC requirió de los recursos necesarios para llevar a cabo los procesos de recolectar, seleccionar, ordenar, empacar y enviar los libros a sus diferentes destinatarios.

La VBC, que había comenzado en un evento conmemorativo de la New York Public Library el 12 de enero de 1941 y que en sus dos años de funcionamiento logró reunir más de 17 000 000 de libros y de los cuales distribuyó 10 999 000, así como las instituciones patrocinadoras (American Library Association, la American Red Cross y la United Service Organization for National Defense), decidieron la disolución de la VBC el 21 de diciembre de 1943. A pesar de los logros que tuvo esa campaña, sus organizadores se enfrentaron a ciertos inconvenientes pues una cantidad considerable de libros no serían utilizables debido a su tamaño y peso. Los soldados requerían llevar consigo el menor peso posible. Así, las necesidades impuestas por la guerra determinarían el cambio de políticas para continuar la asignación de recursos con la finalidad de continuar distribuyendo libros entre las fuerzas armadas de Estados Unidos. De tal modo que la VBC cedió el paso a las Armed Services Editions (ASE), organización sin fines de lucro que desde 1943 hasta 1947 publicó 123 000 000 de ejemplares de más de 1 300 títulos en dos diferentes tamaños que se ajustaban cómodamente en la mochila de carga de los combatientes. No obstante que las ASE, como programa de distribución de libros durante la Segunda Guerra Mundial, tuvo más éxito que la VBC, ésta permitió la participación de más civiles, además de que sentó las bases para crear las ASE. Así, independientemente de los inconvenientes que impidieron continuar con la VBC, tal campaña proporcionó un valioso servicio a las fuerzas armadas estadounidenses.

Tiempos de guerra, tiempos de emergencia nacional y solidaridad internacional

Los tiempos de guerra han sido indudablemente tiempos no sólo de emergencia nacional sino también de emergencia internacional. Han sido periodos en los que el servicio de biblioteca pública ha debido colaborar de inmediato para hacer menos pesada la carga que implica satisfacer las extraordinarias necesidades de las naciones en guerra. Han sido tiempos en que las bibliotecas públicas han debido, como en la situación de Estados Unidos, reorganizar sus actividades y servicios para enfrentar posibles ataques, así como para contribuir a la victoria (Becker, 2005, p. 71). Aquellas bibliotecas públicas estadounidenses, aptas para satisfacer necesidades sociales en tiempo de paz, tuvieron que reestructurarse para responder a las necesidades políticas en tiempos de guerra (Thorpe y Rutzen, 1942). Esas bibliotecas públicas en servicio a la sociedad también debieron estar al servicio del Estado, de los funcionarios del Gobierno, a tal grado de convertirse en virtuales War Information Centers (Danton, 1942; John, 1942).

A pesar de que la sociedad estadounidense no vivió la *Blitzkrieg* en su territorio, ella se preparó para posibles ataques aéreos por parte de los países del Eje (Alemania, Japón e Italia). Al respecto se afirma:

> Durante los primeros días de la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos se enfrentaba a la posibilidad de un ataque aéreo, las bibliotecas participaron vigorosamente en la defensa civil en respuesta a esta amenaza, ofreciendo servicios y recursos para prepararse y reducir el poder destructivo de los desastres aéreos (Spencer, 2008, p. 125).

En efecto, cuando en varios países de Europa las bibliotecas públicas y de otros tipos estaban sucumbiendo a consecuencia de los feroces bombardeos contra las principales ciudades y en las retaguardias continuaban brindando servicios en la medida de sus posibilidades, esas instituciones en Estados Unidos también hacían lo propio en materia de defensa civil. De este modo, aunque ningún ataque aéreo a pequeña o gran escala ocurrió en ese país, se aprobaron medidas de defensa civil. Los esfuerzos de los bibliotecarios estadounidenses para salvaguardar sus colecciones y comunidades son un aspecto importante de la historia en torno al trabajo bibliotecario durante la Segunda Guerra Mundial. Al respecto se sabe:

> La historia de las bibliotecas en la Segunda Guerra Mundial muestra que las bibliotecas desempeñaron un papel importante en la defensa civil de Estados Unidos. Los bibliotecarios demostraron gran capacidad de adaptación y minuciosidad para salvaguardar los recursos culturales de la nación durante el conflicto mundial de la década de los cuarentas. Encontraron maneras innovadoras y eficaces para utilizar su colección, catalogación y habilidades de referencia y así apoyar la preparación de la defensa civil de la comunidad, formando alianzas con grupos de defensa civil, tanto

> a escala local como nacional. De hecho, en muchas comunidades los bibliotecarios se transformaron a sí mismos y se sumaron a la línea del frente del sistema de defensa civil.
>
> En muchos sentidos, la movilización de la defensa civil ayudó a mejorar sus servicios de bibliotecas. Se convirtieron en centros comunitarios de información vital, recopilando materiales de lectura sobre la preparación de una amplia gama de información en tiempos de guerra para los civiles. De este modo, obtuvieron la atención y el flamante respeto y el apoyo de sus comunidades locales (Spencer, 2008, p. 125).

En enero de 1943, Charles R. Sanderson, jefe de la biblioteca pública de Toronto, escribió la declaración *Canadian Libraries and the War* para el Canadian Library Council y en nombre del National Selective Service. En ese documento, Sanderson aseveró que las bibliotecas podían jugar un papel importante en la preparación del Estado canadiense para la aplicación de la política que debía organizar la mano de obra; afirmó que no obstante la inquietud creada por las condiciones de la guerra, la biblioteca tenía que continuar sirviendo a miles de personas que trabajaban en condiciones anormales dada la tensa atmósfera de guerra, y concluyó:

> La lectura es uno de los grandes privilegios de la democracia, y a través de sus bibliotecas públicas la literatura de la nación se difunde de una manera verdaderamente democrática. Las bibliotecas y los libros que las componen tienen un lugar real en nuestro esfuerzo de guerra de una manera que es peculiarmente propio (*Canadian Libraries and the War*, 1943, p. 3).

Con base en lo expresado hasta aquí, podemos observar que el paradigma político de la biblioteca pública en tiempos de guerra trata de conocer y reconocer principalmente el papel activo de las bibliotecas públicas en lo que, durante el siglo XX, se denominó como "guerra total". La dos guerras mundiales son los acontecimientos bélicos que mejor ilustran este tipo de guerra, en la cual los gobiernos de los países beligerantes movilizan y fuerzan hasta los extremos todos sus recursos disponibles, ya sean humanos, militares, industriales, agrícolas, naturales, tecnológicos, científicos o de cualquier otro tipo, como los bibliotecarios y de información, para destruir totalmente la capacidad de otro país al declararle la guerra. Los servicios de este tipo de bibliotecas han estado a disposición tanto de la población civil como del ejército.

Aunque la estructura bibliotecaria estadounidense desarrolló sus actividades lejos de los frentes de batalla, hubo quien pensó en las bibliotecas que se hallaban bajo el fuego (Russell, 1941). Las noticias que se recibían en torno a la destrucción de bibliotecas, principalmente las pertenecientes a Inglaterra, eran realmente desalentadoras y dramáticas (Russell, 1941, pp. 277-281), motivo por el cual en 1940 se creó el Committee on Aid to Libraries in War Areas, de la ALA. John Russell, entonces bibliotecario de la Universidad de Rochester, fungió como presidente de ese Comité. El objetivo de aquel organismo era "estudiar más a fondo el alcance de la necesidad de ayuda y los

medios a emplear en la rehabilitación de las bibliotecas en las zonas devastadas por la guerra" (Russell, 1942, p. 11). Había que planificar, con espíritu de cooperación internacional, el proceso de reconstrucción de bibliotecas en las zonas devastadas a consecuencias de la guerra. Había que pensar también en la planificación bibliotecaria pública de casa después de la guerra. Para tal efecto, el Postwar Planning Committee de la ALA preparó, en junio de 1942, los *Standards for Public Libraries*, entre otras actividades que llevó a cabo ese organismo (Milan, 1943).

Así, se aseveraría que, "para esa fase, la American Library Association ya está contribuyendo, pero puede contribuir aún más, tanto en el presente como en el futuro, y a los miembros de la Asociación se les insta a ayudar en todo lo posible en esta importante labor" (Russell, 1942, p. 11). Mientras las fuerzas de la Alemania nazi se empecinaban en aniquilar las bibliotecas públicas de Inglaterra, varias asociaciones de bibliotecarios de Estados Unidos y Canadá se empeñaron en ayudar a la reconstrucción de las mismas a través del Joint Committee on Books for Devastated Libraries (Comins, 1945, p. 79).

Conforme aumentaban las zonas de guerra en el mundo, el problema de aquel Comité para hacer frente a la destrucción de bibliotecas en general y de bibliotecas públicas en particular, se agravaba considerablemente, de tal suerte que se afirmó:

> El Comité no se hace ilusiones sobre la magnitud de la tarea futura de reconstrucción y admite que será tan abrumadoramente grande que sólo la cooperación más completa de las organizaciones estadounidenses interesadas y de los particulares es lo que permitirá su realización (Hartwell, 1942, p. 253).

Según percibimos, el paradigma político-bélico de la biblioteca pública se configura como político-histórico, de modo que para el estudioso de la bibliotecología política puede ser una veta para emprender investigaciones apoyándose en el método de la bibliotecología comparada.

La biblioteca pública, convocada a satisfacer las necesidades de defensa nacional

En esta parte se analiza la importancia de la información como un recurso importante de defensa nacional a través de los War Information Centers (WIC) que se crearon en las bibliotecas públicas de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial (Laves, 1943, p. 94). Se trata de reconocer el valor institucional de la información bibliográfica en el seno de esa sociedad que apoyó a su Estado en momentos de emergencia nacional, una sociedad que tuvo que enfrentar los problemas acuciantes que la situación de crisis extrema produjo.

En efecto, poco tiempo después del ataque sorpresa a la base naval de Estados Unidos en Pearl Harbor, Hawái, en la mañana del 7 de diciembre de 1941, un gran

número de bibliotecas públicas se convirtieron en virtuales centros oficiales de información de guerra. Esta designación fue a través del consejo local de defensa, quien a veces no concedía tal nombramiento, aunque "hasta donde se sabe, ha habido pocos casos en que el consejo de defensa local no ha estado dispuesto y de acuerdo en nombrar a la biblioteca pública como un centro de información oficial" (Danton, 1942, p. 501). De esta manera, la participación de tales instituciones de servicio público sería para contribuir a satisfacer las necesidades de defensa civil en las coordenadas de una nación en guerra.

La comunidad bibliotecaria estadounidense, representada por Essae Martha Culver, entonces presidenta de la American Library Association (ALA), en esos días observó que la guerra era una oportunidad para ampliar los servicios y crear otros nuevos en concordancia con las dificultades que ocasionaba el enfrentamiento bélico (Culver, 1941, p. 412). Algunos bibliotecarios estuvieron convencidos respecto de que las bibliotecas públicas debían desempeñar un papel relevante en materia de defensa civil, y así mantener en alto la moral del frente constituido por la sociedad civil. Para tal efecto, el gobierno creó, por decreto, una agencia federal en mayo de 1941 denominada Office of Civilian Defense (OCD). La ALA, en materia de organización de la defensa, no se mantuvo al margen al declarar el 29 de diciembre de 1941:

> Oficial o extraoficialmente, cada biblioteca debe *convertirse en un centro de información de guerra* en el que estén disponibles actualmente los últimos datos, informes, directorios, reglamentos e instrucciones para el uso público. Las urgencias de la guerra con frecuencia requieren información inmediata y decisiones rápidas. La biblioteca, por tanto, debe intensificar el ritmo de su servicio. Debe prever y prepararse para satisfacer tales demandas (*Libraries and the War*, 1942, p. 3).

Aún antes del ataque sorpresa a Pearl Harbor, y a la luz de los acontecimientos que se apreciaban en torno a un estado de emergencia nacional, el Consejo Ejecutivo de la ALA trató de ser útil a todo tipo de bibliotecas, incluidas las Army Libraries y Navy Libraries. El compromiso de esa asociación, a través del Committee on Nacional Defense Activities and Libraries, se ajustó a un objetivo inmediato: ayudar en el esfuerzo de la nación en materia de "defensa total", contribuyendo permanentemente con servicios bibliotecarios organizados y de información bibliográfica para el pueblo y las fuerzas armadas. En un informe de la presidenta y del secretario ejecutivo de la ALA se observa cómo ese organismo comenzó a involucrarse en una gran gama de actividades apremiantes para apoyar la política de Estado concerniente a la defensa nacional (Culver y Milan, 1941). Este documento nos ilustra para comprender que la participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial sería inminente. El gobierno estadounidense sólo tuvo que esperar unos meses más para tener el motivo. Los japoneses lo provocaron en diciembre de 1941.

Como organismo gremial, la ALA encontró receptiva a la OCD para colaborar con la responsabilidad que las bibliotecas públicas habrían de considerar para funcionar como centros de información de guerra (Becker, 2005, p. 87). Así, la OCD proclamó: "las

bibliotecas de Estados Unidos se convertirán en los arsenales de información de defensa" (Becker, 2005, p. 88). Esa política federal debió vincularse con la política presidencial del Estado en materia de defensa de la nación, pues "reconociendo el papel fundamental de las bibliotecas como proveedoras de información en tiempos de guerra, el presidente Roosevelt, sólo un mes después del ataque a Pearl Harbor, hizo un llamado formal a las bibliotecas para participar en la defensa nacional" (Spencer, 2008, p. 132).

Los libros y las bibliotecas como armas alternativas para la defensa de la nación

En este orden de acontecimientos, algunas asociaciones estatales de bibliotecarios declararon públicamente su compromiso patriótico. La Texas Library Association, por ejemplo, adoptó el lema elocuente "Defensa a través de los libros"; la Iowa Library Association prometió su apoyo a la promoción de la educación de los ciudadanos para la defensa (Becker, 2005, p. 63). Las bibliotecas y asociaciones cerraron filas para actuar de forma útil y eficaz en torno a proyectos de defensa nacional. Nuevamente, como sucedió durante la Primera Guerra Mundial, el sistema de bibliotecas públicas de Estados Unidos, coordinado con otros sistemas bibliotecarios escolares, académicos y especializados, se esforzaría para asistir al Estado.

Según podemos inferir, aquel conflicto bélico puso a prueba el funcionamiento de las bibliotecas públicas de ese país por la crisis extrema que la sociedad atravesó. Así, el impacto de la guerra estimuló a los bibliotecarios públicos estadounidenses para gestionar colecciones y servicios adecuados durante esos tiempos aciagos. En razón de los acervos que ofrecieron y de los servicios que prestaron a la sociedad se asevera que "las bibliotecas hicieron una contribución inmensa a la defensa civil" (Spencer, 2008, p. 132). Para aquilatar en su justa dimensión el espíritu cívico en torno a la relación bibliotecas y defensa se estimó en esos días:

> El programa de defensa civil de la biblioteca fue concebido sobre una amplia base. Mantener la estabilidad de nuestra sociedad requiere que la atención se dirija no sólo hacia las personas de edad productiva, sino también hacia los inmaduros. Tal programa debe reconocer tanto el bienestar mental como el físico. Se debe ayudar en el mantenimiento de los medios naturales de la vida y todos ellos en el momento en que la vida familiar se rompa y el gasto familiar se restringa necesariamente (Thorpe y Rutzen, 1942, p. 232).

El concepto de 'defensa' en el universo de aquellas bibliotecas públicas estuvo vinculado con la espera del golpe; es decir, con la incertidumbre de posibles ataques aéreos en el territorio estadounidense. El artículo de Spencer (2008) es lo suficientemente explícito en el sentido de que la noción de defensa nacional implicaba actos tanto de defensa civil como de protección civil en el universo funcional de las biblio-

tecas. Por tal motivo hubo que procurar el objetivo esencial de la defensa: proteger para preservar y continuar prestando servicios bibliotecarios y de información en tiempos de guerra, ya que una de las actividades esenciales fue la protección de las colecciones. Además, como suministradoras de información, esas bibliotecas al servicio del pueblo estadounidense se convirtieron en centros de información de guerra para ayudar en el trabajo inherente a la defensa de la sociedad civil. Paralelamente a la protección de los fondos bibliográficos, se procuró la protección de la vida. Por este motivo se previó que las bibliotecas se convirtieran, llegado el momento, en refugios antiaéreos, de tal suerte que en 1942 la ALA solicitó a los bibliotecarios ofrecer espacio en sus edificios para el entrenamiento de defensa aérea y de reunión, e incluso como refugio en caso de ataques con bombas (Spencer, 2008, p. 138).

Pero la palabra *defensa* adquirió también un significado ideológico al concebir los libros como armas en la guerra de las ideas. La agencia de propaganda gubernamental, la Office of War Information (OWI), a través de su Library Program Division, produjo un póster con la consigna "Books are Weapons in the War of Ideas" (Cory, 1943, p. 40), y en el que se citaban estas palabras de Franklin D. Roosevelt: "in this war, we know, books are weapons". En torno a esta misma postura político-ideológica, en la ciudad de Nueva York se formó el Council on Books in Wartime, el cual estaba patrocinado por varios organismos, como los siguientes: American Booksellers Association, American Library Association y Book Publishers Bureau, entre otros. Una de las tareas de ese consejo fue presentar ante el público la concepción del libro como arma necesaria para utilizar en el plano ideológico (Stephens y Rogers, 1942, p. 412), noción que se extendería en todo el país. Acerca de este asunto, la ALA, en su declaración de política bibliotecaria, adoptada por unanimidad por el Consejo el 29 de diciembre de 1941 e intitulada *Libraries and the War*, afirmó en términos generales:

> La biblioteca *debe difundir información auténtica y enseñanzas sólidas en los campos de la economía, el gobierno, la historia y las relaciones internacionales*. Porque ésta es una guerra entre la democracia y el totalitarismo, es un conflicto de ideas, teorías e ideales políticos, así como de armas militares. La ignorancia de las ideas, a partir de hechos, puede derrotar a las más nobles intenciones. [...] La biblioteca, más que cualquier otra agencia única, debe ayudar en este proceso. (*Libraries and the War*, 1942, pp. 3-4).

Tal valoración se puso en práctica incluso directamente en el escenario de guerra. A través del libro *Books as Weapons: Propaganda, Publishing, and the Battle for Global Markets in the Era of World War II* (Hench, 2010), se sabe que unas semanas después de la invasión del Día D, 6 de junio de 1944, una sorprendente carga de cajas con libros se unió a la ola de refuerzos de tropas, armas, municiones, alimentos y medicinas en las playas de Normandía. Esa misma obra narra la historia poco conocida de la alianza que hubo entre los editores estadounidenses y el gobierno de Estados Unidos para llevar libros recientes y cuidadosamente seleccionados a civiles liberados de las fuerzas del Eje (Hench, 2010). Así, los libros también invadieron los

países europeos para ayudar a la liberación mental de los pueblos controlados hasta entonces por el régimen nazi. Después de esa histórica fecha, los libros estadounidenses se transportaron a todos los escenarios de guerra para expandir e inculcar los valores sociales, políticos y culturales de la hegemonía yanqui. Así, los libros y las bibliotecas, como herramientas e instituciones ideológicas se convirtieron, en esos años, en armas alternativas y complementarias a las de carácter militar.

El reconocimiento sobre el trabajo de las bibliotecas públicas en cuanto a defensa civil se aprecia en la siguiente cita:

> Revistas comerciales y periódicos populares reconocieron las contribuciones de numerosos bibliotecarios; dirigentes políticos nacionales [...] hicieron hincapié en el trabajo bibliotecario de defensa; las principales bibliotecas dedicaron una intensa actividad de defensa aérea, y los materiales de defensa aérea fueron incluidos en las colecciones de miles de bibliotecas designadas como Centros de Información de Guerra. Los bibliotecarios ayudaron a sostener los esfuerzos de defensa civil de la nación mediante la protección de sus propios recursos y los de otros, organizando colecciones de materiales de defensa aérea, proporcionando un servicio de referencia y prestando sus edificios a la defensa civil. Los bibliotecarios percibieron una amenaza a sus colecciones y usuarios, y reaccionaron vigorosamente mediante la preparación de la defensa contra esa amenaza (Spencer, 2008, pp. 140-141).

La ALA fue receptiva al llamamiento que hizo el gobierno de Estados Unidos para participar en la defensa nacional, en virtud de que la situación de guerra en Europa fue considerada por ese gobierno como un serio peligro para la libertad y la democracia; el personal de las bibliotecas públicas, y de otros tipos, se apegó al llamado de su Asociación. Fue un tiempo en que se consideró que era necesario tener una ciudadanía informada para entender los significados de los acontecimientos (Culver, 1941, p. 412) y actuar en consecuencia. La ALA no logró unanimidad entre el gremio para responder a la política de emergencia nacional, pues hubo bibliotecarios que se negaron a participar en la movilización para apoyar al Estado en guerra. La política disidente puede ilustrarse por el auge que tuvo el Progressive Librarians Council (PLC), fundado en 1939 por el jefe bibliotecario de la Universidad Estatal de Montana, Philip Keeney. En 1940 el PLC envió una carta al presidente Roosevelt suplicándole: "mantengámonos fuera de la guerra". Esta acción pacifista, apoyada por la ALA Library Unions Round Table, fue descalificada por la dirigencia de la ALA, al enviar otra carta al presidente comunicando que el PLC no era parte de esa asociación y que, por tanto, no tenía la autoridad para hablar en nombre de los bibliotecarios de Estados Unidos sobre ningún asunto (Becker, 2005, pp. 34-35).

Así, si las instituciones bibliotecarias tenían que responder, a juicio de sus líderes, a las necesidades que imponía la guerra, entonces ellas debían participar en la organización de la defensa de la comunidad (Hoit, 1942). Los hechos reafirman, incluidos los de la parte disidente, que los principios de neutralidad e imparcialidad que son atribuidos histórica y teóricamente a bibliotecarios y bibliotecas son, en determinados contextos,

un mito. Como es un mito también considerar a las bibliotecas públicas como instituciones apolíticas y, consecuentemente, a sus bibliotecarios como individuos apolíticos. En todo caso, recordemos la estrecha relación que existe, de acuerdo con Karl von Clausewitz, entre guerra y política.

La política bibliotecaria nacional vinculada con el programa nacional de defensa

Los historiadores de la guerra no han pasado por alto la destrucción infligida por la Armada Imperial Japonesa a la base naval de Estados Unidos localizada en Pearl Harbor, acaecida el 7 de diciembre de 1941. A partir de ese día, el pueblo estadounidense inició una andadura cuesta arriba. La guerra había llegado a Estados Unidos y el gobierno de ese país tuvo que responder militarmente, con todas las agravantes de lo que esa política de Estado implicó en la vida de la sociedad norteamericana.

La biblioteca pública de Kauai, la más cercana a Pearl Harbor, estaba a noventa millas. Se sabe que el ataque en ese entorno bibliotecario derivó en caos, pues al día siguiente del bombardeo comenzaron a perturbarse los servicios de circulación de libros, de referencia y de extensión que comúnmente se ofrecían a la comunidad de la isla. La mitad del personal de esa biblioteca comenzó a faltar para participar en el trabajo de defensa civil. Los ataques de submarinos japoneses a Kauai durante las siguientes semanas ocasionaron que la comunidad sufriera repetidas alarmas de ataque aéreo, apagones diarios y racionamiento de gas. Esta crisis provocó que aquella biblioteca pública tuviera que cerrar algunos días posteriores al ataque (Becker, 2005, p. 71). En tanto, los líderes del quehacer bibliotecario de aquel país preparaban la publicación de una declaración política y una plataforma nacional para dar a conocer el compromiso de la American Library Association (ALA) y proporcionar una serie de directrices para los bibliotecarios frente al desafío de la guerra.

En efecto, la reacción, por parte del gremio bibliotecario después del ataque a Pearl Harbor, a través de la ALA, no se hizo esperar. El 29 de diciembre aprobó ese organismo, a través de su Consejo Ejecutivo, la Statement of Library Policy. Los bibliotecarios, como profesionales y ciudadanos, debían responder a los requerimientos del Estado en guerra. El servicio de biblioteca tuvo que configurarse así en un servicio patriótico sin demora para satisfacer las necesidades más apremiantes. Toda actividad bibliotecaria tenía que llevarse a cabo en concordancia con las circunstancias, es decir, los proyectos que no contribuyeran a la victoria y ayudar a mejorar el país y el mundo tenían que dejarse de lado. Por ende, había que proteger el presupuesto de las instituciones bibliotecarias para mejorar las instalaciones, las colecciones y los servicios de ellas, pues en periodos de guerra a las bibliotecas les es factible efectuar mejor ciertas tareas (*Libraries and the War*, 1942, p. 3).

A través de esa declaración, la ALA no se dirigió únicamente a los bibliotecarios públicos, sino a todos los que hacían funcionar la estructura bibliotecaria del país. Sin

embargo, aquellos que trabajaban en los espacios generales de lectura, dedicados a servir a todos, fueron convocados por esa asociación, a fin de mantener en alto la moral del pueblo: "la biblioteca debe ayudar a aliviar la tensión de la guerra, al mantener su oferta de lectura recreativa para los hombres y las mujeres, y especialmente para los niños" (*Libraries and the War*, 1942, p. 4). La institución bibliotecaria de Estados Unidos también debía satisfacer las necesidades tecnológicas a consecuencia de la guerra, de modo que a los bibliotecarios se les exhortó con especial énfasis en torno a esas necesidades, pues la ALA consideró:

> La biblioteca *debe facilitar información técnica a los trabajadores industriales de defensa y estudiantes*. Los tratados, manuales y publicaciones periódicas deben dar oportunidad —por los bibliotecarios— para acelerar la producción de materiales de guerra. Los ingenieros, inventores y diseñadores deben ser asistidos —por los bibliotecarios— para evitar hacer otra vez lo que ya ha sido bien hecho y documentado. Los jefes de producción y los instructores deben ser ayudados —por los bibliotecarios— para evitar formas lentas y costosas en la formación de aprendices en los asuntos que pueden ser aprendidos rápidamente desde la página impresa (*Libraries and the War*, 1942, p. 3).

En tiempos de guerra, la literatura recreativa podía ayudar a la defensa moral del pueblo; la literatura técnica debía apoyar tanto el trabajo de la defensa civil como el de la defensa armada. Para tal efecto, los bibliotecarios, como gestores de la información bibliográfica, pudieron, en su calidad de profesionales, y debieron, en su calidad de ciudadanos, asistir a los consejos locales de defensa civil y a los responsables del proceso de producción de materiales para el uso de las fuerzas armadas al servicio del Estado. El gremio bibliotecario de Estados Unidos consideró que ambos tipos de bibliografía eran fundamentales para resolver los problemas generados por la emergencia nacional que había provocado la guerra, de tal modo que la ALA respondió a preguntas como: ¿qué significa el programa de defensa nacional para las bibliotecas?, ¿cómo afectará a sus operaciones?, y ¿qué pueden hacer para ayudar? Preguntas que plantearon algunos bibliotecarios preocupados respecto de la relación entre las bibliotecas y ese programa de defensa ([Milan], 1940, p. 429), formulado por la ALA incluso antes del bombardeo a Pearl Harbor. En tal documento se perciben las expectativas que se tenían respecto de la participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

La plataforma nacional de la ALA, inherente al funcionamiento de las bibliotecas durante la guerra, se difundió en enero de 1942 en su *Bulletin* y en la que instaba, asimismo, a organizar los servicios de las bibliotecas en relación con tres importantes planes.

1) Responder a la situación de emergencia nacional.
2) Trabajar con los consejos locales de defensa civil.
3) Mejorar los servicios bibliotecarios militares.

Los dos primeros proyectos implicaron organizar, en las bibliotecas, espacios que fungieran como centros de información de guerra y ellas como lugares dedicados a la defensa civil entre la comunidad. El tercer plan significó considerar el desempeño eficaz de las bibliotecas militares, instaladas en las diversas unidades gubernamentales que conformaban el brazo armado del Estado, esto es, los servicios bibliotecarios creados y dirigidos para las fuerzas armadas (Navy, Marine Corps, Coast Guard, Air Force y Army) del país y entre los que destacaban los de naturaleza "pública" destinados a las tropas acantonadas, preparándose éstas para marchar al frente. Así, se generaron oportunidades de nuevos puestos de trabajo para aquellos bibliotecarios que decidieron incorporarse a la esfera laboral de la milicia (Willis, 1943).

En efecto, las bibliotecas públicas de Estados Unidos, como un reconocido servicio comunitario vital, tuvieron un papel único para ampliar la extensión de los servicios, tanto para la población en sus áreas de servicio como para las de otras demarcaciones. Milczewski (1941) recogió en esos cruciales días varios testimonios de bibliotecas públicas estatales (California, Georgia, Nueva Jersey, Filadelfia), centrales y sucursales de algunas ciudades (Boston, San Diego, Cincinnati, Detroit, Fort Worth), a través de los que se describía el trabajo variado que habían hecho esos centros bibliotecarios para satisfacer las necesidades de servicios especiales en diversas áreas de defensa. Así, concluyó:

> Por desgracia no todas las bibliotecas han reconocido sus oportunidades y responsabilidades que el aumento de la población en sus zonas de defensa ha presentado. Los informes recibidos indican que algunas bibliotecas no son conscientes de los cambios en las comunidades que la actividad industrial y militar ha provocado. Las instalaciones existentes se están utilizando para la "población normal", pero los recién llegados, cuyas necesidades no se reconocen, se ven obligados a valerse por ellos mismos [...]. Las bibliotecas públicas se han jactado de suministrar materiales para la formación industrial y reforzar la moral de la comunidad contra los efectos de propaganda y la falta de comprensión por parte de la gente. Ahora tienen la responsabilidad de servir a los recién llegados, cuya moral está en un nivel muy bajo debido a las condiciones insatisfactorias de vida y la falta de instalaciones de la comunidad [...]
>
> Muchas bibliotecas se han apresurado a aceptar el reto y han hecho todo lo que está en su poder. Sin embargo, los recursos limitados han obstaculizado su trabajo. Las bibliotecas que no son conscientes del crecimiento de la población a la que sirven y de los problemas de los servicios especiales que ésta ha causado, todavía tienen la oportunidad de actuar. Este es un excelente momento para demostrar que el servicio de biblioteca es un servicio vital para la comunidad, acorde con las necesidades actuales (Milczewski, 1941, p. 264).

Se trató, entonces, que las bibliotecas públicas funcionaran para responder a las medidas de emergencia nacional que habían surgido de las necesidades de una nación en guerra total; es decir, centros bibliotecarios que satisfacieran las nece-

sidades perentorias del conflicto bélico (Thorpe y Rutzen, 1942). Así, los proyectos debían girar en torno a las necesidades vinculadas con la gestión de servicios bibliotecarios públicos para arrostrar los desafíos de las hostilidades declaradas. De acuerdo con la literatura publicada sobre dicha temática (Munn, 1941; Danton, 1942; Hoit, 1942; Welchner, 1942; Trautman, 1945; Harig, 1989), los principales frentes de servicio bibliotecario en los que participaron las bibliotecas públicas estadounidenses fueron: la información de guerra, la defensa civil, defensa moral, el apoyo a las industrias de defensa y la asistencia a las fuerzas armadas. Tales proyectos estaban basados, como se ha hecho notar en líneas anteriores, en la política bibliotecaria aprobada por el Consejo Ejecutivo de la ALA. Esto implicó ir más allá de las rutinas normalmente esenciales que contribuían a un eficiente servicio de biblioteca pública en tiempos de paz.

La emergencia de contar con bibliotecas y bibliotecarios para cumplir con las expectativas de la ALA se consideró parte esencial de la emergencia nacional por la que atravesó ese país durante la Segunda Guerra Mundial. Así que la política bibliotecaria manifiesta públicamente por la ALA entrañó que las bibliotecas públicas y otras (escolares, académicas y especializadas) debían actuar de inmediato en concordancia con el programa nacional de defensa.

El funcionamiento de las bibliotecas públicas como centros de información de guerra

En este rubro, con el cual finalizamos el paradigma bélico de la biblioteca pública, se enfatiza el papel que desempeñaron los War Information Centers (WIC) dentro de las bibliotecas públicas en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Como se infiere, la creación y el funcionamiento de esos centros tuvieron una estrecha relación con las situaciones de emergencia que derivaron en la organización propia de la defensa urgente de una nación en guerra. En este contexto, las bibliotecas públicas fungieron como centros de información oficial para todas las actividades relacionadas con el programa del Council of National Defense, corporación creada como política presidencial y activada, en consecuencia, como política de Estado.

Recordemos que la política bibliotecaria de la ALA durante esa conflagración se ajustó, en su calidad de organismo nacional, a las necesidades bélicas del Estado. Para tal efecto esa asociación acordó, a través de su Consejo Ejecutivo, que las bibliotecas públicas y de otro tipo debían figurar como centros de información de guerra, para así apoyar las políticas tanto de defensa civil como de defensa militar. Tales categorías configurarían la política consustancial a la de defensa nacional que exigió la dinámica de ese conflicto bélico internacional.

Esta problemática se ilustra con la publicación de Unger y Shorey (1942), titulada *National Defense and the Public Library*, antecedente que se vincula en cierto modo con el documento *National Defense: A Select List of Books in the Brooklyn*

Public Library (1917), publicado durante la Primera Guerra Mundial. Esa práctica de antaño se puso en marcha en la Segunda Guerra Mundial, pero de manera amplia y detallada con el libro *Guide to Library Facilities for National Defense*, producto del Joint Committee on Library Research Facilities for National Emergency. Robert B. Downs, presidente de ese organismo, en la introducción discute el origen, la preparación, el alcance y la finalidad de la guía. Ese proyecto de referencia fue un esfuerzo conjunto de varios cientos de bibliotecas para describir en aquel tiempo los fondos bibliográficos institucionales que entonces se tenían en existencia sobre temas relacionados con la defensa nacional. Entre aquellas bibliotecas destacarían las grandes bibliotecas públicas, universitarias y especializadas de todo tipo.

Para mejorar esa publicación, se solicitó la contribución de más bibliotecas para publicar una segunda edición, la cual también estuvo a cargo de Carl L. Cannon (1941). No obstante, Downs escribió para la edición revisada: "no pretende ser una guía completa para las bibliotecas del país, sino que pretende ser una guía de recursos bibliotecarios para la defensa nacional, ampliamente interpretada" (Cannon, 1941, p. 10). Así, la guía fue distribuida a todas las bibliotecas y oficinas gubernamentales. La primera edición incluyó aproximadamente 500 bibliotecas, la segunda cerca de 750 (Cannon, 1941, p. 407).

Las expectativas en torno a esa obra de consulta se fincaban en demostrar la importancia de tener al alcance guías bibliográficas similares sobre determinadas colecciones de bibliotecas para responder a las necesidades de libros en materia de defensa nacional (Culver y Milan, 1941, p. 58). La noción "necesidad de libros" significó entonces libros referentes al entrenamiento y a la capacitación para el trabajo de defensa que debían ser conocidos y estar disponibles o que debían ser escritos y publicados (Culver y Milan, 1941, p. 59). El poder del libro como instrumento de referencia, estudio y análisis se combinó con el poder de la biblioteca como institución organizadora y suministradora de información apropiada para afrontar los desafíos inmanentes a la defensa de la nación.

De ese modo, la relación entre la biblioteca pública y la defensa nacional en tiempos de guerra respondió a una extraordinaria situación que se elevó a rango de emergencia nacional (Merril, 1940; Evans, 1941; Culver, 1941). Desde esta perspectiva, observemos ahora más de cerca el peso que tuvo el recurso de la información, oficial o extraoficialmente, en el contexto de la biblioteca pública estadounidense durante esos años de guerra. En esas coordenadas de tiempo y espacio, la ALA fue, como continuaremos exponiendo, un organismo activo en torno a las actividades relacionadas con la política que adoptó en materia de defensa nacional (Culver y Milan, 1941), particularmente en el desempeño de las bibliotecas generales, es decir, las destinadas para todos.

Las actividades políticas en relación con la defensa nacional que desarrolló Estados Unidos para rechazar o enfrentar los eventuales ataques militares de los Estados de Eje (Japón, Alemania e Italia) en su propio territorio, demandaron que la ALA se pronunciara al respecto: "más allá de las rutinas normales esenciales que contribuyen al eficiente servicio de biblioteca, son muchas las medidas de emergencia que han

surgido de las necesidades específicas de una nación en guerra total" (Suggested Activities for Wartime Library Service, 1942, p. 6). Esta visión supuso la subordinación de la política bibliotecaria estadounidense a la guerra; implicó poner a disposición del Estado en guerra los recursos bibliotecarios indispensables para vencer al enemigo hasta lograr la victoria absoluta. Para atender esas medidas de emergencia nacional y satisfacer las inhabituales necesidades causadas por la guerra mundial, esa asociación procuró la política de crear y organizar centros de información de guerra en el marco de los servicios bibliotecarios, destacándose los de las bibliotecas públicas. En tales espacios se pretendió reunir y propagar los documentos emanados de las oficinas gubernamentales que necesitaba la comunidad para saber y conocer el seguimiento de la guerra.

En efecto, la política de la ALA concerniente a convertir en centros de información de guerra las bibliotecas, en general, y las bibliotecas públicas, en particular, encontró eco tanto en la Office of Civilian Defense (OCD), dependiente de la Office of Emergency Planning (OEP), como en la Executive Office del presidente de Estados Unidos de ese entonces: Franklin Delano Roosevelt. La política federal, mediante la OCD, consideró necesario que las bibliotecas estadounidenses fuesen arsenales de información de defensa. Con ese telón de fondo, la política presidencial convocó formalmente para que tales instituciones participaran en la defensa de la nación.

En enero de 1942 la ALA publicó su *National Platform*, en la que instó a que el organismo oficial competente designase a una biblioteca en cada comunidad como WIC. Ese organismo oficial que podía nombrar a una biblioteca para que funcionara como un WIC era el consejo local de defensa. También exhortó para hacer sistemática y oportuna la distribución de las publicaciones gubernamentales relacionadas con la guerra. Esa información oficial tenía que estar disponible para toda la comunidad (*Libraries and War: A Nacional Platform*, 1942, p. 4) a través de dicho tipo de centros. En torno a esta política, se sabe que las bibliotecas públicas que fungieron como centros de información de guerra debieron convertirse en espacios receptores y difusores de publicaciones oficiales que con urgencia se producían en las prensas gubernamentales. De tal modo, esas bibliotecas asumieron el papel de agencias activas de propaganda, tal como aconteció en ese país durante la Primera Guerra Mundial (Wiegand, 1989). La documentación oficial que recibían los WIC debió ser abundante si se toma en cuenta que a mediados de aquel conflicto bélico había unas cincuenta oficinas gubernamentales que emitían información, reglamentos y comunicados, así como grupos cívicos nacionales que publicaban información relevante y de interés actual (*The Library's War Job*, 1943, p. 157) en torno a los problemas complejos de la guerra.

En relación con el funcionamiento de las bibliotecas públicas como centros de información de guerra, la ALA planteó una serie de sugerencias. En el documento "Suggested Activities for Wartime Library Service" (1942), esa asociación refirió propuestas concernientes al desarrollo de varias actividades para apuntalar esencialmente el programa de defensa civil, por lo que recomendó que las bibliotecas se desempeñaran como fuentes oficiales para facilitar la documentación gubernamental, especialmente las publicaciones destinadas a procurar los actos sistemáticos de defensa;

es decir, para informar oportunamente a los consejos locales de defensa; comunicar a los civiles las regulaciones en momentos de urgencias y transmitir asuntos sobre educación cívica; elaborar directorios y archivos sobre instituciones gubernamentales; elaborar tableros informativos sobre la guerra; suministrar información a la industria; cooperar con la Cruz Roja, y difundir completo el programa de biblioteca de guerra entre las organizaciones, industrias y funcionarios a través de la radio, prensa y panfletos. En suma, la información tocante al conflicto bélico tenía que fluir mediante el servicio que debían ofrecer aquellos centros de información de guerra. Así, para contribuir a la victoria, el gremio bibliotecario estadounidense consideró pertinente satisfacer las necesidades de su nación en guerra, de modo que el acopio, la organización, la distribución y la difusión de la información en torno a la contienda fueron actividades relevantes que llevaron a cabo aquellas bibliotecas públicas.

Para saber el funcionamiento de los WIC, consideremos, *grosso modo*, el caso de las bibliotecas sucursales de la New York Public Library. En febrero de 1942 los planes comenzaron a ponerse en marcha para convertir esos centros bibliotecarios en espacios destinados a procurar la información pertinente a los tiempos de guerra. John (1942, p. 73), a través de su breve artículo, patrocinado por el Committee on War Information and Education Services, nos ilustra al respecto. Las actividades que se esperaba realizaran esos centros de información en el marco del quehacer bibliotecario público fueron:

- Desarrollar directorios completos tanto de las organizaciones civiles y militares como de los centros de inscripción de voluntarios e industrias dedicadas a la defensa.
- Compilar las publicaciones oficiales recientes de defensa para su respectiva difusión, circulación y distribución gratuita.
- Montar exhibiciones de las publicaciones referentes a la defensa, incluidas aquellas sobre temas de nutrición, salud, orientación al consumidor y precauciones en situaciones de ataques aéreos.
- Prestar las salas de las bibliotecas para diversas actividades relacionadas con los grupos de defensa.
- Patrocinar emisiones de discursos y anuncios de importancia.

En esta perspectiva de trabajo, se tuvo especial cuidado en relación con las colecciones de bibliografía técnica al considerar: "los mejores libros técnicos estarán disponibles fácilmente a los trabajadores de las industrias de defensa, y su uso se verá estimulado por la publicidad" (John, 1942, p. 73). En caso necesario, esas bibliotecas sucursales debían recurrir a la cooperación de otros tipos de instituciones bibliotecarias.

> Como un centro de información, la biblioteca sucursal contará con la ayuda de las diversas bibliotecas universitarias y especializadas en las cercanías para suministrar información de naturaleza más técnica y detallada que necesiten los trabajadores de la defensa y los funcionarios del gobierno. Cada sucursal será la sede de la Victory Book Campaign (John, 1942, p. 73).

La función de proveer información se vio favorecida también por la de propaganda que los WIC desempeñaron, de tal suerte que se aseveraría: "todas las instalaciones publicitarias en el sistema de las bibliotecas sucursales se convertirán en el problema de la defensa para acostumbrar a los ciudadanos a acudir a la biblioteca como centro de información" (John, 1942, p. 73). A pesar de las actividades de información-propaganda que debían realizar los WIC, originadas por el Estado de emergencia, se procuró no descuidar el trabajo bibliotecario tradicional, como el destinado a los niños, jóvenes y adultos en tiempos de paz. En todo caso, aquellas bibliotecas tuvieron la tarea de mantener la moral en alto, tanto de forma individual como grupal, de la sociedad en general, si bien la administración de los recursos para el desarrollo de las colecciones de obras literarias de ficción y libros para niños tuvo que modificarse en concordancia con las necesidades imperantes que marcaron aquellos tiempos de guerra. Al respecto se afirma: "la concepción de defensa también tuvo un alcance pragmático, pues se consideró que los libros eran necesarios para la defensa. Debía adquirirse menos ficción y libros para niños, los cuales tradicionalmente representaban entonces más de 80 % de circulación de la biblioteca pública" (Becker, 2005, p. 7).

Los libros necesarios para la defensa fueron aquellos que podían ser utilizados como herramientas para la capacitación pertinente de los trabajadores que laboraban en la industria bélica; libros que orientaran a los operadores castrenses en los preparativos de la defensa militar, además de la defensa civil. La fabricación de más y mejores fusiles, aviones y artillería para el campo de batalla requería conocimiento técnico y científico, tanto sencillo como sofisticado. En razón de esas condiciones, muchas bibliotecas enfrentaron nuevas demandas (Merrill, 1940, pp. 607-608). Asimismo, los libros relacionados con temas de protección civil, guerra química, refugios antiaéreos, instructivos para ataques aéreos, serían algunos de los temas en cuanto a defensa de la población.

El programa de defensa nacional requirió de formación industrial y, por tanto, la necesidad de libros técnicos que las bibliotecas públicas podían prestar mediante un servicio de circulación constante, lo que fue un asunto de gran relevancia. Para tal efecto, se recurrió al desarrollo de programas cooperativos entre las bibliotecas públicas y de éstas con bibliotecas especializadas. Los acervos de publicaciones técnicas (libros, revistas, folletos y otros tipos de documentos públicos) para los trabajadores y funcionarios debían estar disponibles (Merrill, 1940, p. 608). En todo caso, las bibliotecas públicas como centros de información pudieron anticiparse a las necesidades de los usuarios y mostrar a la sociedad la capacidad de los bibliotecarios sobre cómo ayudar mediante el suministro de materiales. Sin embargo, no siempre marcharon bien las cosas, pues la falta de comunicación y la diversidad de puntos de vista producían desacuerdos. No obstante, se asevera que "un espíritu de cooperación prevaleció entre las bibliotecas y otras instituciones" (Spencer, 2008, p. 140).

Para mayor detalle sobre los WIC se sugiere leer los artículos de Danton (1942, 1942a, 1942b), en los que refiere las actividades bélicas de las bibliotecas públicas que observó en una serie de visitas que hizo de costa a costa en los meses de mayo, junio y julio de 1942. En el primer artículo, titulado "Public Library War Information

Centers", el autor muestra el panorama general sobre varios aspectos de esos centros, tales como: la ubicación y configuración, las funciones, los materiales, el personal, la publicidad y el horario (Danton, 1942, p 501-507). En tales espacios:

> [...] los bibliotecarios salvaguardaron documentos, hicieron planes de emergencia, coleccionaron material de defensa, respondieron preguntas, produjeron bibliografías y planearon el uso de instalaciones de la manera en que sus comunidades realmente lo necesitaban (Spencer, 2008, p. 140).

Esto reafirma lo escrito en rubros anteriores.

Conclusión

En concordancia con lo expresado, puede concluirse que tanto los líderes del Estado como de la sociedad en tiempos de guerra han tenido absoluta confianza en los libros y en las bibliotecas para alcanzar la victoria definitiva. El poder de los libros (sin menoscabo de las revistas y los periódicos) como objetos transmisores de ideas y valores, y la fuerza de las bibliotecas públicas como instituciones compiladoras, organizadoras y difusoras de la información bibliográfica, han sido, en diferentes momentos bélicos, asuntos tácticos y estratégicos que no han pasado inadvertidos para los dirigentes gubernamentales ni para los directivos de los gremios bibliotecarios.

Las bibliotecas y sus bibliotecarios se han convertido en importantes recursos para hacer frente a las contingencias que implica la política concerniente a la defensa nacional (defensa civil más defensa militar). El desempeño de los centros de información de guerra, en la esfera de las bibliotecas públicas estadounidenses, es un claro ejemplo en este sentido. Esas instituciones bibliotecarias se han convertido en armas informativas de guerra en determinados contextos bélicos.

Obras consultadas

Aparac-Gazivoda, T. y K. Dragutin, eds. (1993). *Wounded Libraries in Croatia*. Zagreb: Croatian Library Association.

Becker, P. C. (2005*). Books and Libraries in American Society during World War II*. Nueva York: Routledge.

Borque López, L. (1997). *Bibliotecas, archivos y guerra civil en Asturias*. Gijón, España: Trea.

Brodie, B. (1978). *Guerra y política*. México: FCE.

Brooklyn Public Library (1917). National Defense: A Select List of Books in the Brooklyn Public Library. Brooklyn, N. Y.

Canadian Libraries and the War (1943). *American Library Association Bulletin*. 37 (1): 3.

CANNON, C. L. rev. ed. (1941). *Guide to Library Facilities for National Defense*. Chicago: American Library Association.

CLAUSEWITZ, C. von (1999). *De la guerra.* México: Colofón.

COMINS, D. J. (1945). The Joint Committee on Books for Devastated Libraries. *Journal of Documentation*. 1 (2): 79-80.

CONNOR, J. M. (1942). The Victory Book Campaign. *American Library Association Bulletin*. 36 (6): 377-378.

CONNOR, J. M. (1942a). On to victory with The Victory Book Campaign. *American Library Association Bulletin.* 36 (9): 552-554.

CONNOR, J. M. (1942b). 1943 Victory Book Campaign. *American Library Association Bulletin.* 36 (14): 829-830.

CORY, J. M. (1943). Libraries and the Office of War information. *American Library Association.* 37 (2): 38-41.

CRAWFORD, A. D. (1957). The Army "Public" Library Program. *American Library Association Bulletin*. 51 (9): 674-677.

CULVER, E. M. y C. H. MILAN, (1941). National Defense Activities and the A. L. A. *American Library Association Bulletin.* 35 (2): 53-63.

CULVER, E. M. (1941). The Emergence of Libraries. *American Library Association Bulletin.* 35 (7): 410-413.

DANTON, E. M. (1942). Public Library War Information Centers. *American Library Association Bulletin.* 36 (8): 500-507.

DANTON, E. M. (1942a). Victory begins at Home. *American Library Association Bulletin.* 36 (9): 535-546.

DANTON, E. M. (1942b). The Library orients the Citizen. *American Library Association Bulletin.* 36 (11): 598-606.

ESCOLAR, H. (1987). *La cultura durante la Guerra civil*. Madrid: Alhambra.

EVANS, L. H. (1941). Reference Librarians and the Present Emergency. *American Library Association Bulletin.* 35 (3): 142-144.

FRANCFURT, L. (1946). Gosudarstvieninnaya ordena Trudovogo Krasnogo Znamieni Publichnaya Bibliotieka im. M. I. Saltikov Shchedrin. [Condecorada con la orden Bandera Roja del Trabajo la Biblioteca Pública Estatal Mijaíl Ievgrádovich Saltikov Shchedrín]. *Bibliotekar* (2-3): 32-39.

GONZÁLEZ QUESADA, A. (2011). Soldados lectores: la movilización del libro durante la Gran Guerra. En: *Zer: Revista de Estudios de Comunicación = Komunikazio Ikasketen Aldizkaria.* 16 (30): 229-245.

HARIG, K. J. (1989). Library Services to the Armed Forces, 1917-45. En: *Libraries, the Military, & Civilian Life.* Hamden, Connecticut: The Shoe String. pp. 1-16.

HARTWELL, W. M. (1942). Aid to Libraries in War Areas. *American Library Association Bulletin.* 36 (4): 253-254.

HENCH, J. B. (2010). *Books as Weapons: Propaganda, Publishing, and the Battle for Global Markets in the Era of World War II*. Ithaca, Nueva York: Cornell University.

HOIT, D. L. (1942). The Public Library In the Community Defense Organization. *American Library Association Bulletin*. 36 (2): 69-72.

JOHN, F. R. ST. (1942). War Information Centers. *American Library Association Bulletin.* 36 (2): 73.

KASER, D. (1984). *Books and Libraries in Camp and Battle: The Civil War Experience.* Westport, Connecticut: Greenwood.

KEENEY, P. O. (1948). "Japanese Libraries are War-damaged". *Library Journal.* 73 (9): 681-684, 698.

KELLY, T. (1977). The Second World War: The Wartime Scene. En: *History of Public Libraries in Great Britain (1845-1975)*. Londres: Library Association.

KNUTH, R. (2003). *Libricide: The Regime-sponsored Destruction of Books and Libraries in the Twentieth Century.* Westport, Connecticut: Praeger.

KNUTH, R. (2006). *Burning Books and Leveling Libraries: Extremist Violence and Cultural Destruction*. Westport, Connecticut: Praeger.

KOCH, T. W. (1917). *Books in Camp, Trench, and Hospital.* Nueva York: Rider.

KOCH, T. W. (1918). *War Service of the American Library Association*. Washington, D. C.: ALA War Service: Library of Congress.

LANNI, V. (2008). *Guerra y revolución en España*. México: Ocean Sur.

LAVES, W. H. C. (1943). Libraries and Defense Council War Information Committees. *American Library Association Bulletin.* 37 (3): 93-95.

Libraries and the War (1942). *American Library Association Bulletin*. 36 (1): 3-4.

Libraries and the War: A National Platform (1942). *American Library Association Bulletin*. 36 (1): 4-5.

The Library's War Job (1943). *American Library Association Bulletin.* 37 (5): 156-158.

LUDENDORFF, E. von (1964). *La guerra total.* Buenos Aires: Pleamar.

LUKE, ROBERT A. (1942). A Community Analysis of the Need for War Information Centers. *American Library Association Bulletin*. 36 (9): 563-566.

MERRILL, J. W. (1940). The Library's Job in the National Emergency. *American Library Association Bulletin*. 34 (10): 607-608.

MILAN, C. H. (1943). Libraries After the War. *American Library Association Bulletin*. 37 (6): 189-191.

[MILAN,] C. H. (1940). Libraries and the National Defense Program. *American Library Association Bulletin*. 34 (8): 429-433, 485.

MILCZEWSKI, M. A. (1941). Community Library Service in Defense Areas. *American Library Association Bulletin*. 35 (4): 205-210, 264.

MUNN, R. R. (1941). Preparedness Needs and the Library. *American Library Association Bulletin*. 35 (1): 9-11, 40.

ROIG, M. (1982). *Mi viaje al bloqueo*. Moscú: Progreso. pp. 190-193.

ROSE, J., ed. (2001). *The Holocaust and the Book: Destruction and Preservation*. Amherst: University of Massachusetts.

RUSSELL, J. (1941). Libraries under Fire. *American Library Association Bulletin*. 35 (5): 277-281.

RUSSELL, J. (1942). Libraries in War Areas. *American Library Association Bulletin*. 36 (10): 11-12.

SHAW, T. (2007). Doing their Part: The Services of the San Diego Public Library during World War II. *Library Trends*. 55 (3): 570-582.

SPENCER, B. (2008). Preparing for an Air Attack: Libraries and American Air Raid Defense during World War II. *Libraries & The Cultural Record*. 43 (2): 125-147.

STEPHENS, E. y H. H. Rogers (1942). Library War Service. *American Library Association Bulletin*. 36 (6): 408-412.

STIEG, M. F. (1992). *Public Libraries in Nazi Germany*. Tuscaloosa: University of Alabama.

STIEG, M. F. (1992a). The Second World War and the Public Libraries of Nazi Germany. *Journal of Contemporary History*. 27 (1): 23-40.

STUBBINGS, H. U. (1993). *Blitzkrieg and Books: British and European Libraries as Casualties of World War II*. Bloomigton, Indiana: Rubena.

Suggested Activities for Wartime Library Service. (1942). *American Library Association Bulletin.* 36 (1): 6-10.

THORPE, H. y R. Rutzen (1942). A Public Library responds to Wartime Needs. *American Library Association Bulletin*. 36 (4): 230-242.

TRAUTMAN, L. y R. L. Col (1945). Books and the Soldier. En: Pierce Butler (editor). *Books and libraries in wartime*. Chicago: University of Chicago. pp. 53-66.

UNGER, N. A. y C. A. Shorey (1942). *National Defense and the Public Library.* Chicago: American Library Association.

VICÉNS, J. (2002). Cultura popular se adapta a las circunstancias creadas por la guerra. En: *España viva: el pueblo a la conquista de la cultura*. Madrid: Vosa, pp. 69-73.

Victory Book Campaign: Manual for State and Local Directors (1942). *American Library Association Bulletin*. 36 (1). Part II. 1, 3-12.

Victory Book Campaign: Methods of distribution, Manual for State and Local Directors (1942). *American Library Association Bulletin*. 36 (2) Part II. 157-172.

WELCHNER, C. E. (1942). Air Corps Libraries. *American Library Association Bulletin*. 36 (2): 78-81.

WIEGAND, W. A. (1989). *An Active Instrument for Propaganda: the American Public Library during World War I*. New York: Greenwood.

WILLIS, M. (1943). An Army Library–Jefferson Barracks, Mo. *American Library Association Bulletin*. 37 (4): 121-122.

WILSON, M. L. (1943). The Role of Libraries in War Food Education. *American Library Association Bulletin.* 37 (7): 211-216.

ZGONJANIN, S. (2005). The Prosecution of War Crimes for the Destruction of Libraries and Archives during times of Armed Conflict. *Libraries & Culture*. 40 (2): 128-144.

* Nota del autor. El presente artículo retoma pasajes de mi columna "Bibliotecas, sociedad y Estado" que se publica en el sitio web brasileño *InfoHome* (http://www.ofaj.com.br/).